

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SANTA MARAVILLAS DE JESÚS

S. MILLÁN – 2019

SANTA MARAVILLAS DE JESÚS

Imprimatur
Monseñor José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

S. MILLÁN – 2019

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Infancia y juventud.
Primera comunión.
Visitas a los pobres.
Muerte de su padre.
El Carmelo del Escorial.
Convento del Cerro de los Ángeles.
Temores en 1931.
Comienza la guerra civil (1936).
En las Ursulinas.
Refugiados en Madrid.
Caridad con todos.
Salida de Madrid.
En el desierto de Las Batuecas.
Ayudas después de la guerra.
Regreso al Cerro de los Ángeles.
Fundaciones.
1.- Mancera de Abajo.
2.- Duruelo.
3.- Cabrera.
4.- Arenas de San Pedro.
5.- San Calixto.
6.- Aravaca.
7.- La Aldehuela.
8.- Montemar.
Otros conventos.
El demonio.
Carismas.
Amor a Jesús.
Amor a María.
La providencia de Dios.
Así era ella.
Enfermedades y muerte.
Beatificación y canonización.

CRONOLOGÍA

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de santa Maravillas de Jesús es una vida hermosa. Llevó una vida sencilla, pero profundamente interior y en unión íntima con Dios a través de la oración y del cumplimiento fiel y constante de la voluntad divina. Ella confiaba en la providencia de Dios y pudo ver así grandes milagros. Y Dios la protegió a ella y a sus comunidades. Fue una religiosa a carta cabal, carmelita total, amante de Santa Teresa y de toda la Historia de la Orden del Carmelo.

Fue otra santa Teresa del siglo XX, fundadora de nuevos Carmelos. Fueron nueve las fundaciones, de las que la del Cerro viene a ser como la Casa Madre. Le siguieron los Carmelos de Mancera, Duruelo, Cabrera, Arenas de san Pedro, San Calixto, Aravaca, La Aldehueta, Torremolinos-Montemar, además del de la India. Y esto sin olvidar su ayuda al monasterio de El Escorial y el de la Encarnación de Ávila. Además del convento de Talavera de la Reina (de Toledo), que fundó para los padres carmelitas descalzos y del de Las Batuecas, que se lo cedió generosamente.

Le gustaba cantar: *Si Dios cuida de mí, ¿qué me puede faltar? Ni un instante me deja de mirar. Mi vida suya es, cual diestro tejedor la va tejiendo él con infinito amor. Hilo por hilo tejiendo va, si tú le dejas. ¡Qué bien lo hará!* (Cancionero carmelitano).

Ojalá que la lectura de su vida sea para nosotros un ejemplo de vida espiritual para vivir totalmente dedicados a servir y amar a Dios con total sumisión a su voluntad. Vivamos en la tierra de tal modo que merezcamos reinar con él eternamente en el cielo que nos espera. Que ella sea nuestro camino hacia Dios con su testimonio de vida.

NOTA.-Muchos de los datos de este libro los hemos tomado del libro escrito por la Madre Dolores de Jesús: *Mis recuerdos de la Madre Maravillas*, Ed. Edibesa, Madrid, 2006, pp. 200-241.

INFANCIA Y JUVENTUD

Maravillas nació el 4 de noviembre de 1891 en Madrid y fue bautizada el día 12 en la parroquia de San Sebastián

En su partida de bautismo figuran estos nombres: María de las Maravillas Cristina Ildefonso Patricia Josefa. De todos ellos le quedó solo el de María de las Maravillas como su distintivo, haciendo alusión a Nuestra Señora de las Maravillas, patrona de Cehegín (Murcia).

Sus padres fueron don Luis Pidal y Mon, segundo marqués de Pidal, y doña Cristina Chico de Guzmán y Muñoz. Su padre tenía grandes dotes intelectuales y morales. En su juventud, creyendo que Dios lo llamaba a la vida religiosa, pidió la admisión en la Congregación de San Sulpicio en París. Después, convencido de que no era la voluntad de Dios, encauzó su ideal a consagrar su vida a trabajar por la Iglesia y la gloria de Dios. Tuvo varios puestos de responsabilidad en el gobierno de España. Fue ministro de Fomento, Presidente del Consejo de Estado, embajador de España ante la Santa Sede y senador vitalicio.

Le concedieron el toisón de oro y las Grandes cruces de la Orden de Pío IX, de Isabel la Católica y de Carlos III. Fue muy valiente para confesar su fe católica públicamente, a veces en el Congreso o ante otros políticos de altos cargos. También era terciario dominico.

Su madre doña Cristina era una mujer de gran caridad, prudencia y sentido común. Era presidenta del Roperio de Santa Victoria, que repartía ropa a los pobres. Era muy generosa con la gente necesitada y con los sirvientes de casa. Padeecía de los bronquios y todos los veranos iba a pasar una temporada a los balnearios.

Tuvieron cuatro hijos: Pilar, que murió al nacer; María de la Concepción, llamada familiarmente Niní; Alfonso y Maravillas. Los educaron con su ejemplo en las buenas costumbres y en una vida de fe católica práctica.

Maravillas era una jovencita alegre y traviesa. Le gustaban los animales. En la finca de sus padres de Carrascalejo (Cáceres) había una galería de jaulas llenas de pájaros. También le gustaban mucho los peces, perros, gatos, caballos, burros, monos etc., tratándolos como animales y no poniendo en ellos el corazón.

Su educación la recibió en su casa sin ir a ningún colegio. En su casa tenía institutrices, que le daban lecciones de cultura general, pintura, piano, francés, inglés y otras materias.

En cuanto a la vida religiosa, en su casa todos los días rezaban el rosario con los sirvientes, asistían a misa en la capilla de la casa y recibían todos la comunión.

Cuando Maravillas estaba en la hacienda de sus padres en Carrascalejo le daba mucho miedo ir por la noche a la capilla que estaba un poco retirada y había que pasar un patio y varios salones. Tenía miedo al demonio y por ello tomaba sus precauciones: iba corriendo y por el camino había cruces con el índice y el pulgar por delante y por detrás. Así vencía el miedo y no dejaba su visita al Señor al final del día.

Estando en Carrascalejo, teniendo cinco años, un día hizo voto de virginidad como había oído que hacían algunos santos. Pensó que necesitaría algún testigo para que tuviese valor y llamó a Mariquita, una sirvienta de la casa. Ella preparó un altarcito en un desván y contentísima prometió al Señor ser toda suya para siempre. En 1913 con 21 años renovó su voto de castidad, haciéndolo ya definitiva y solemnemente en la intimidad de su corazón.

Desde muy niña tenía muy claro que quería ser religiosa. Ella escribió: *La gracia de la vocación la recibí al mismo tiempo que el uso de la razón y con tanta claridad sentía el llamamiento del Señor que tan decidida estaba entonces a ser monja como ahora y sin la más pequeña sombra de duda en toda mi vida*¹.

PRIMERA COMUNIÓN

Solo fue un mes al colegio de las religiosas de la Asunción para prepararse para la primera comunión. La hizo a los diez años. Por eso toda la vida decía que se debía agradecer al Papa Pío X por haber permitido comulgar desde los siete años y poder comulgar frecuentemente.

Hizo su primera comunión el 7 de mayo de 1902. Ella nos dice: *La víspera, después de la confesión, pensé que estaba reprobada y que haría una mala comunión (porque el confesor no le había dejado explicarse bien) y sufrí mucho. El día de la primera comunión se me olvidó todo esto: fui felicísima. Sólo*

¹ Carta 508 al padre Valentín de San José, noviembre de 1939.

*hablé con el Señor de mis ansias por que llegase el día de poder ser toda suya en la vida religiosa y siempre es para mí una fecha dulcísima y memorable*².

Por la tarde no quiso que hubiera fiesta en su casa con otras niñas. Volvió al colegio con sus padres para recibir la bendición con el Santísimo.

VISITAS A LOS POBRES

Desde los 12 años empezó a dirigirse con el padre Juan Francisco López, jesuita, quien le dio permiso para comulgar todos los días. Este padre la puso en comunicación con sor Julia, una Hija de la Caridad, y con ella iba todos los días a las casas de los necesitados, que desde entonces serían sus protegidos. Todo el dinero que le daban sus padres para sus gastos, lo daba a los pobres y luego, cuando necesitaba comprarse algo con urgencia, tenía que pedirlo a su madre con vergüenza.

Un día paseaba con su padre en coche, cuando se cruzaron con un carro que venía en dirección contraria. Acurrucado entre el heno, un muchacho de unos diez o doce años le llamó la atención. Le notó algo raro en la cara. *Papá, ese niño debe estar enfermo*. Pararon y, al hablarle, vieron que tenía una especie de bocio enorme que llevaba tapado con un pañuelo. Maravillas no se sintió tranquila hasta que consiguió que lo trajesen a Madrid a operar y no lo dejó ir a su pueblo hasta que estuvo totalmente restablecido.

En Madrid, durante los inviernos, iba al colegio de la Asunción a cursos de religión. Los veranos los pasaba con sus padres de vacaciones en San Sebastián, donde alquilaban una casa en Ategorrieta o bien en su finca de Carrascalejo.

Su doncella María Sagredo refiere: *Se levantaba a las seis para hacer oración y después iba a misa conmigo. En el día, cuando no tenía clases, iba a las buhardillas a visitar a los pobres y enfermos. También tenía una Asociación en el barrio de “Las Injurias” y daba doctrina a mujeres casadas y a sus hijos.*

*En verano íbamos a casa de su abuelita cerca del pueblo de Bullas en Murcia y allí bajaban los niños a la finca y ella los preparaba para la primera comunión. En algunos días de fiesta íbamos a otro pueblo, donde su abuelita tenía otra finca, y allí también daba catequesis y, antes de regresar a Madrid, les repartía ropas y regalos a todos*³.

² Carta 462 al padre Florencio del Niño Jesús, 11 de marzo de 1938.

³ Una carmelita descalza, *Semblanza*, Madrid, 1994, p. 22.

A veces, cuando visitaba las casas de los pobres era muy delicada y en alguna ocasión tuvo que salir fuera para devolver, pues se le revolvía el estómago por los malos olores, ya que la mayoría de las mujeres eran revendedoras de pescado en el mercado. También preparaba labores para los pobres y para las iglesias, sobre todo de encaje de bolillos, que hacía muy bien.

Un día sus padres la llevaron al Teatro de la Comedia para ver la función de *La Corte de los venenos*. Sus padres pensaron que le iba a gustar, pero en mitad de la función había escenas poco morales y se sintió inquieta y tuvieron que salir.

Teniendo ya 22 años, se reunía todos los días con tres o cuatro amigas y se pasaban las tardes como si fueran monjas. Tenían lectura comentada, casi siempre de san Juan de la Cruz. Hacían flores bonitas de tela que regalaban a familias pobres para que las vendieran o a iglesias. Y todos los días iba a misa y a comulgar.

MUERTE DE SU PADRE

En agosto de 1913 su padre cayó gravemente enfermo en cama con una pulmonía, que degeneró en lo que los médicos diagnosticaron como gangrena pulmonar. Durante cuatro meses estuvo luchando entre la vida y la muerte. Maravillas no se separaba de él y estaba muchos ratos de rodillas junto a su cama y lo atendía en todo lo que podía. El 19 de diciembre de 1913 murió su padre. En esos momentos estaban en la sala de espera el Nuncio y algunos obispos, que pudieron entrar inmediatamente a darle la absolución. Unos días antes había recibido la unción de los enfermos. En su entierro se le rindieron honores de capitán general.

A su director espiritual hacía mucho tiempo que le pedía permiso para ir al convento, pero siempre le daba largas. Cuando murió su padre le volvió a insistir, pero el padre López le replicó: *Tú irás cuando tu madre te lo diga*. Ella pensó: *Entonces ese momento nunca llegará*. Para ese entonces ella ya había decidido ser carmelita descalza. Un día acompañó a una amiga, la baronesa del Castillo de Chirel, al Carmelo de El Escorial. En el locutorio habló con la Madre María Josefa del Corazón de Jesús, conocida de su familia, y decidió entrar en ese mismo convento y no en otro. Desde ese día comenzó a mandar paquetes de víveres y otras cosas útiles a la comunidad, pero con nombre desconocido, hasta que un día en un paquete donde había un hermoso Niño Jesús, vieron por detrás que tenía una etiqueta puesta en la tienda que decía: *Señorita de Pidal*. Así supieron de quién se trataba.

En 1918, en la famosa gripe llamada española, se contagiaron varios de su casa y ella se fue desde Torrelavega, donde se encontraba, a Madrid, procurando atender a todos hasta que ella misma cayó enferma de gravedad. Su madre se preocupó y pensó que podía perderla. Eso le ablandó el corazón, permitiéndole que fuera de religiosa al convento de El Escorial.

EL CARMELO DE EL ESCORIAL

Ingresó en el Carmelo de El Escorial el 12 de octubre de 1919, convirtiéndose en la hermana Maravillas de Jesús. Ese mismo día en que entró al convento, repartió sus alhajas a sus familiares y dio muchas limosnas a las personas del servicio y a algunos conventos. A una prima suya, que quería mucho, le dejó la caja de *caudales*, así llamaba ella a la caja donde tenía sus disciplinas para hacer penitencia.

Desde el primer momento se sintió feliz en el Carmelo. Cuando a los ocho días fue el padre López, su director, a visitarla le dijo: *Me alegro de verte tan feliz*. Ella le contestó: *Padre, pero ¿es que usted lo dudaba?*

Como tenía problemas en las rodillas por tantas horas que había pasado de rodillas junto a la cama de su padre enfermo, la Madre Maestra no la dejaba arrodillarse ni hacer otros trabajos fuertes, lo que le hacía sentirse mal.

En la capilla debía sentarse en un banquito, mientras las demás, aún mayores, lo hacían en el suelo. La maestra le encomendó el cuidado de los pollitos, pero una noche que hacía mucho frío se murieron todos, porque al pedirle permiso para cerrar las ventanas del gallinero, no se lo concedió.

Su toma de hábito fue el 21 de abril de 1920 y ese día comenzó el noviciado. Salió del noviciado el 7 de mayo de 1921, haciendo su profesión temporal. Allí en el convento de El Escorial, Maravillas se desempeñó de ayudanta de enfermera y ropera. Tenía muchos momentos de intimidad con Jesús en la oración y a veces sentía su voz interior. Una de las cosas en que Jesús le insistía era en que fundara un convento en el Cerro de los Ángeles, en el centro geográfico de España. Al principio no se atrevía a hablar hasta que ya no pudo más y le contó las cosas a la Madre María Josefa, fundadora del monasterio de El Escorial. Ella le prometió que lo pensaría y rezaría para ver la voluntad de Dios. Otro día la Madre subpriora, Madre Rosario de Jesús, sin haber hablado con Maravillas, le comunicó a la Madre Josefa la misma inquietud. La Madre Josefa consultó con el padre Mateo Crawley, famoso sacerdote de los Sagrados Corazones, nacido en Perú y que con el mandato del Papa extendió por todo el

mundo la entronización del Sagrado Corazón en los hogares y había sido uno de los promotores del monumento al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles.

En el Cerro de los Ángeles, considerado el centro geográfico de la nación, se alzaba un monumento al Sagrado Corazón de Jesús, que también representaba de alguna manera al corazón católico de España. Allí había tenido lugar el 30 de mayo de 1919 una ceremonia memorable en presencia de la familia real y de las autoridades civiles, religiosas y militares y una gran multitud. El rey Alfonso XIII había consagrado a España al Corazón de Jesús. Pero había otra España que consideró esa acción como una provocación y el monumento se convirtió en blanco del odio de los enemigos de la fe católica.

El padre Mateo Crawley desde Londres contestó en octubre de 1923: *Manos a la obra. Hace tiempo yo mismo hice en España esa insinuación, es preciso que el Sagrado Corazón entronizado tenga una lámpara viva que adore, repare y ame en nombre de la nación. Y ¿qué mejor que un monasterio de carmelitas?*

La Madre Josefa también consultó al padre Alfonso Torres, jesuita. Maravillas le consultó a su director espiritual y todos estuvieron de acuerdo. Motivo por el cual Maravillas, sin ser todavía profesa de votos perpetuos, comenzó a hacer los planes para la construcción de un convento en el Cerro.

CONVENTO DEL CERRO DE LOS ÁNGELES

Sobre la fundación de este monasterio del Cerro se dice en una relación: *Por junio de 1923 el Sagrado Corazón de Jesús inspiró a una religiosa, la hermana Maravillas de Jesús, carmelita descalza del convento de El Escorial, la idea de fundar un convento en el Cerro de los Ángeles con el fin de acompañar al Corazón divino en su soledad y de pedir e inmolarse por la salvación de las almas, especialmente por la salvación de nuestra España querida*⁴.

En una relación escrita por la misma Madre Maravillas sobre el convento del Cerro se lee lo que le dijo Jesús: *Aquí quiero que tú y esas otras almas escogidas de mi Corazón me hagáis una casa en que tenga mis delicias. Mi Corazón necesita ser consolado y este Carmelo quiero que sea el bálsamo que cure las heridas que me abren los pecadores. España se salvará por la oración*⁵.

⁴ Semblanza, pp. 42-43.

⁵ María Concepción López, *Maravillas de Jesús, una maravilla de naturaleza y gracia*, Ed. Edibesa, 2008, p. 25.

El 7 de mayo de 1924 Maravillas debía profesar solemne y perpetuamente, pero en vista de que los trámites del convento del Cerro estaban avanzados, el obispo le concedió una licencia especial para que solamente renovase la profesión temporal hasta el 30 de mayo. El obispo consiguió una casita, donde instalarse hasta que estuviera construido el nuevo convento y desde donde pudieran vigilar las obras.

El día 19 de mayo de 1924 salieron de El Escorial las cuatro religiosas que formarían la comunidad del Cerro. Lo único que se llevaron las cuatro fundadoras fue su ropa, el breviario, los hábitos nuevos, cuatro jergones y dos mantas. Al llegar, lo primero que hicieron con el obispo fue orar unos momentos ante el Monumento del Cerro, donde en 1919 el rey Alfonso XIII con todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y numeroso pueblo había consagrado España al Sagrado Corazón de Jesús.

El 30 de mayo Maravillas hizo su profesión solemne y quedó como Superiora la Madre María Josefa, que había sido priora en El Escorial y Maestra de novicias. Empezaron a entrar muchas vocaciones. Entonces sucedió algo inusual. La Madre Josefa, a pesar de las advertencias de Maravillas y de otras hermanas, firmó un papel en blanco a un señor desconocido que apareció en el torno, proponiéndole un negocio. Poco después la Madre Josefa cayó en la cuenta de su grave error, que no tuvo mayor transcendencia, pero fue ocasión para que el obispo le aceptara la renuncia que presentó y, sin elecciones, nombró priora y maestra de novicias a sor Maravillas contra su voluntad y, a pesar de no ser todavía de votos perpetuos. Ella pasó ocho días llorando, porque lo último que podía desear era ser priora. Lo aceptó como parte de la voluntad de Dios.

El 12 de abril de 1925 se puso la primera piedra. Allí se trasladaron a vivir en una parte construida el 31 de octubre de 1926.

TEMORES EN 1931

El 14 de abril de 1931 se proclamó la República en España. Con la desaparición de la monarquía y la llegada del nuevo régimen hubo una etapa de persecución contra la Iglesia. El 11 de mayo de ese año fue la quema de conventos e iglesias en Madrid. Había noticias de que iban a ir a volar el monumento del Cerro. La Madre Maravillas veía de su convento las llamas y el humo de los conventos de Madrid. El obispo les mandó salir por considerar que estaban en peligro. Abandonaron el monasterio con gran sentimiento y se refugiaron en casas particulares, menos la Madre Maravillas con otras tres que

permanecieron firmes en su convento, pero las demás regresaron ese mismo día, contentas de estar dispuestas a dar su vida para defender el monumento.

Había peligro de que el monumento del Sagrado Corazón del Cerro fuera asaltado y derribado. La Madre quería salir con todas sus monjas a defenderlo de las turbas revolucionarias para dar su vida por su amor. Pero temió hacerlo sin permiso del Papa, pues el Nuncio no se atrevía a darle el permiso. Acudió al padre general de la Orden para que le pidiera al Papa el permiso correspondiente. Ella le escribió al Papa una carta en francés, donde le dice: *¿Se verán obligadas por la santa clausura a ver cómo le arrebatan de su trono sin poder volar cerca de él para defenderle o por lo menos para no dejarle solo entre sus enemigos y que pueda encontrar a su lado corazones, pobres, sí, pero muy amantes? Sería el más cruel martirio, mucho más grande que perder la vida. Si tiene que escuchar gritos de odio de sus enemigos que pueda oír también nuestras alabanzas* ⁶.

Felizmente no pasó nada, pero otra fue la suerte del Monumento en el año 1936.

COMENZÓ LA GUERRA CIVIL (1936)

La Madre Dolores de Jesús cuenta en *Mis recuerdos de la Madre Maravillas* (pp. 200 ss): *Éramos todas jóvenes. La Sierva de Dios tenía cuarenta y tres años; mayores que ella eran sólo dos: las hermanas Carolina y Agustina, que tenían seis años más. Hablábamos en comunidad muchísimo del martirio, y ella nos alentaba y nos decía que ésta era la mayor prueba de amor que podíamos dar al Señor. Leíamos mucho la vida de las mártires carmelitas de Compiègne, y nuestra Madre recalcaba la fortaleza que daba el Señor en el martirio, que estaba por encima de nuestras fuerzas, pues al oír la sentencia estaban temblando, y al subir al patíbulo ya subían cantando. Comentaba también con pena el caso de aquella que se había marchado a su casa y no tuvo la dicha de dar su vida por el Señor.*

Todas las noches velábamos dos monjas el Monumento al Sagrado Corazón, la mitad de la noche cada una. Lo hacíamos desde una celda desde la que se ve perfectamente el Monumento y el faro que le alumbraba. Pero sabíamos que ella velaba todas las noches, no sé exactamente cuánto tiempo. A juzgar por cómo aparecía a la mañana siguiente, con la cara desencajada, deducíamos que dormía poquísimo, y desde luego no en la tarima. Una noche que no se encontraba bien, la enfermera, hermana Mercedes, metió una bolsa de

⁶ Carta 6755 al padre Guillermo, preposito general de los carmelitas descalzos, sin fecha, pero del año 1931.

agua caliente en su cama. Al día siguiente le preguntó si le había venido bien, y ella se quedó sorprendida. La enfermera comprendió entonces que no se había acostado...

Por entonces unos grupos de muchachos subían todos los días al Cerro por si atacaban el Monumento. Un grupo de “obreras” se quedaba rezando por las noches. Ella los atendía y los cuidaba como a verdaderos hijos, los animaba, les sacaba algo para tomar; y a nosotras nos encomendaba que pidiésemos mucho por ellos. No mataron a ninguna de las “obreras”, pero sí a cinco de los chicos⁷.

Nos exhortaba continuamente a la penitencia y, a juzgar por lo que nos dejaba hacer, ella debía de hacer muchísima —esto se me ha confirmado al leer cartas suyas al padre Torres—. A su lado vivíamos en un ambiente completamente sobrenatural.

Nuestras familias, que ya sabían que aquel verano iba a pasar algo, venían con frecuencia al Cerro a pedirnos insistentemente que nos marchásemos con ellos, diciéndonos que si nos quedábamos allí era seguro que nos matarían. Nuestra Madre nos decía que nos podíamos ir, que obrásemos con toda libertad; pero al mismo tiempo nos hablaba con tal fuerza de ser fieles al Señor hasta la muerte, etc., que ninguna dudó ni un momento en marcharse del convento. Esto le producía un gozo enorme, y se le notaba.

El alcalde de Getafe de aquella época era un anarquista tremendo que había estado bastante tiempo desterrado en Francia. Le llamaban el “Ruso”, y subía muchas tardes al Carmelo del Cerro a hablar con nuestra Madre en el locutorio. La apreciaba mucho, y ella decía que era por hablar francés con él. Este hombre ya nos había librado el 1 de mayo de 1936 de un asalto al convento, justo en el momento en que estaban subiendo por las tapias unos huelguistas revolucionarios. El “Ruso” le decía que estábamos muy mal allí, que teníamos mucho peligro, que nos fuéramos a un sitio más seguro. La sierva de Dios, con toda tranquilidad, le decía que no teníamos miedo, que estábamos defendidas por el Corazón de Jesús, y que, mientras Él estuviera en pie, no nos marcharíamos si no nos obligaban. Este mismo “Ruso” le dio el permiso para enterrar a la madre M^{ra} Josefa en el cementerio del convento. Había muerto el 2 de julio y enterrarla en el convento era cosa que estaba completamente prohibida por las leyes de entonces.

⁷ Eran Justo Dorado, fundador de los *Obreros de la Compañía de San José*, Fidel Barrios, Elías Requejo, Blas Ciarreta y Vicente de Pablo. Fueron asesinados cerca del Cerro, el 23 de julio de 1936. Sus restos descansan en la Basílica del Cerro de los Ángeles.

La víspera del día que comenzó la guerra civil, 17 de julio, casi al acabar la recreación de la noche, nuestra Madre nos comentó que se le estaba ocurriendo una cosa: como, si nos echaban del convento, le daba miedo que profanaran la sepultura de la madre Madre M^a Josefa, podíamos hacer un jardín sobre las tumbas para disimular el cementerio. Inmediatamente nos pusimos manos a la obra; la primera ella, acarreando piedras, tierra, etc. Dejamos el cementerio como un jardín enteramente; terminamos muy entrada la noche. Aun así, esto le preocupó mucho durante la guerra, pensando que, como había gente que lo sabía, podían profanar la sepultura. Estando refugiada la comunidad en Batuecas, nuestra Madre organizó un viaje al Cerro para ver el estado del cementerio. Aquí vio la providencia de Dios, pues la ermita del cementerio se había derrumbado, en un bombardeo, sobre la tumba.

La sierva de Dios había pedido y obtenido permiso del Papa para salir a rodear y defender el Monumento, en caso de que éste fuese atacado. Y así, a la vez que subían las blasfemias, subirían también nuestros pobres cantos de amor. Una de las últimas noches que estuvimos en el Carmelo del Cerro, nos habían avisado que estaban las cosas muy mal. A última hora de la noche, nuestra Madre nos mandó ir a la enfermería a tomar una taza de tila para que, si teníamos que salir, lo hiciésemos “tranquilas”. ¡Qué humana y sobrenatural a la vez!

Ella estaba firmemente decidida a no abandonar jamás el convento por propia voluntad, pero no por guardar el convento, sino por acompañar al Corazón de Jesús, que para eso la había llamado allí a su lado, con tanta insistencia. Con tal de no dejar el Cerro, hasta pensó —y así me lo llegó a decir—, que con mi título de enfermera podríamos, tal vez, habilitar el convento como hospital de sangre, y nosotras cuidar a los heridos. Pero el Señor dispuso otra cosa, y así el 22 de julio, sobre las diez y media de la mañana, se presentaron un montón de guardias de asalto en dos o tres camiones para que abandonásemos el convento, porque iban a bombardear. Nuestra Madre habló con ellos y se resistió mucho, diciendo que no nos importaba, que nos iríamos a los sótanos. Después de forcejear bastante, le confesaron el verdadero motivo: venían con la orden del alcalde de que abandonásemos el convento; porque íbamos detenidas, y que saliésemos ¡rápido! Ellos dijeron que tenían que registrar el convento y entraron. Ella les pidió salir vestidas con el hábito, pero se lo negaron. Nuestra Madre quería consumir el Santísimo que teníamos en el comulgatorio por precaución, y que las novicias hiciésemos la profesión, porque no dudaba de que nos iban a matar. Les dijo que tardaríamos en vestirnos de seglar por lo menos tres horas, porque habíamos perdido la costumbre. Ellos le contestaron que saliésemos como quisiéramos, porque urgía, y que no sacásemos nada.

Nuestra Madre tañó la campana de oficios para reunir a la comunidad, y nos dijo: “Hermanas, nos llevan detenidas”. Fue una explosión de alegría: se acercaba el martirio. Fuimos al coro, y allí las ocho novicias ⁸ hicimos a la vez la profesión solemne en sus manos, “in articulo mortis”. La sierva de Dios nos habló preciosamente, enardeciéndonos y animándonos al martirio, y nos bendijo.

Después, en perfecto orden, salimos con sólo las capas al brazo y el breviario. Llevábamos los velos echados por la cara. El escaso equipaje de la comunidad eran varias maletas con los trajes de seglar. Fuera había un gran gentío, dando voces, que se sobrecogió al ver salir a la comunidad. Uno de nuestros tres capellanes, don José M^a Vega, nos esperaba también en la puerta; a éste y a otro, don Rafael Arranz, los mataron algún tiempo después. Nuestra Madre, con una gran fortaleza y serenidad, se dirigió al jefe de los guardias y le pidió si nos permitía ir a despedirnos al Monumento del Corazón de Jesús. Él le dijo que sí, pero que abreviásemos. Ella comenzó a rezar el “Te Deum”, que todas, en dos filas, seguimos.

Al llegar al Monumento, don José M^a se enardeció, y nos habló unas palabras alentándonos también al martirio. Algunas de las “obreras” del Cerro estaban allí y lloraban. Después volvimos a la puerta del convento. Se notaba que nuestra Madre infundía un gran respeto a los guardias. Después de marcharnos nosotras detenidas en los camiones, entraron en el convento los guardias y la gente que estaba allí. Una de las “obreras” que también entró mezclada entre la chusma y presencié todo, contaba después que salían desilusionados, diciendo: “¡Bah! No tienen ni camas”.

Nosotras subimos a un camión. Como asientos había unas tablas incrustadas a los lados, en las que cabían dos personas. Nuestra Madre estaba sentada en la tabla de delante, junto al conductor. Ella empezó a preocuparse por el guardia de asalto que iba a su lado, de pie. Le dijo que estaría cansado, y se corrió para dejarle sitio. Al llegar al final de la cuesta del Cerro, se cruzó con el nuestro otro camión de milicianos: Éstos, viendo que éramos monjas, nos querían matar allí mismo. Los que iban con nosotras se bajaron y todos empezaron a pelearse, porque los nuestros, por lo visto, tenían orden del “Ruso” de llevarnos detenidas, pero sanas y salvas, al lugar de Getafe que nosotras quisiéramos —nuestra Madre había dicho que nos llevaran a las Ursulinas—. La sierva de Dios, siempre olvidada de sí, se preocupaba de que aquellos hombres se hicieran daño por causa nuestra. Al fin pudieron los nuestros, y llegamos sin

⁸ Eran las hermanas profesas simples Concepción de la Cruz, Carolina de la Madre de Dios, M^a Cruz del Salvador, Ángeles del Espíritu Santo e Isabel de Jesús; la novicia Hermana Dolores de Jesús; y dos postulantes, M^a Teresa del Carmelo y Visitación del Sagrado Corazón.

dificultad a las Ursulinas que, como eran francesas, estaban bajo el protectorado francés. Estas Madres nos recibieron con inmensa caridad.

Enseguida vino el alcalde, el “Ruso”, y le dijo a nuestra Madre que tenía miedo de no podernos defender, y que estaríamos mejor ya en Madrid. Ella le contestó que nos quedaríamos allí para acompañar al Corazón de Jesús, puesto que no podíamos estar en el Cerro, y que estábamos más cerca de Él que estando en Madrid. Mientras no nos echaran, no nos moveríamos. Tenían tal fuerza sus palabras, que desarmaban al alcalde. Esta escena se repetía todos los días, y el “Ruso” le preguntaba constantemente si faltaba alguna monja, deseando que nos marchásemos poco a poco. Ella, con mucha entereza y satisfacción, le decía que no, que seguíamos todas, que habían venido a buscarnos nuestras familias y que no nos habíamos querido ir ninguna. La comunidad estaba completa. Éramos veintiuno (pp.200-206)

EN LAS URSULINAS

En las Ursulinas, la sierva de Dios organizó inmediatamente la vida de comunidad. Como era verano, no había niñas en el colegio, y ocupamos sus camarillas, separadas por cortinas. Ella nos dio permiso para dormir en el suelo y no usar las camas, para no dar trabajo en lavar sábanas.

Desde que empezó este tiempo de “calvario”, nuestra Madre supo dulcificarlo con sus virtudes y su ejemplo, llevándonos más a Dios.

Excepto la hora de la recreación y durante las comidas, no hablábamos nada. El resto del día lo pasábamos cada una en su camarilla. Nuestra Madre ponía tanto fervor y tanta alegría que, aunque no teníamos nada que hacer, estábamos tan contentas; pasábamos en oración todo el día. Las horas de oración y Oficio divino de comunidad, íbamos a la capilla.

En las Ursulinas había un desván desde donde se veía perfectamente la imagen del Sagrado Corazón del Cerro. Fue cosa curiosa que lo único que sacó nuestra Madre, el día que nos echaron, fueron unos prismáticos que le habían regalado hacía muy poco tiempo. Nosotras, al preguntarle cómo se le había ocurrido eso, sólo decía: “No sé qué idea me ha dado”.

Pocos días después de llegar a las Ursulinas, vinieron de parte del alcalde a pedirnos las llaves del convento para incautarse de él. Gregorio fue quien pidió las llaves. Era un fontanero de Getafe que venía muchas veces a arreglar cosas al convento... Como habíamos salido sin nada, le pidió la sierva de Dios permiso para subir al Cerro con ellos y traer algunas cosas necesarias.

Gregorio dijo que sí. Fue la primera vez que ella se vistió de seglar. Á mí me llamó antes de salir para darme un recado, y fue tal la impresión que me llevé que no podía ni mirarla. Subió al convento con las hermanas María y Mercedes. Rodeadas de milicianos recorrieron el convento, pero donde ellas ponían la mano, allí estaban encima ellos. En la ropería, las hermanas abrieron una sábana en el suelo y echaron dentro algo de ropa. Nuestra Madre fue al archivo y, al ver unos papeles, se acordó de que entre ellos había una lista de personas conocidas que costeaban la luz del faro del convento que iluminaba el Corazón de Jesús, y una carta del Obispado orientando en algunas cosas de importancia. Con toda naturalidad, pidió entonces permiso para llevarse unas cuartillas de papel de escribir, que estaban al lado de estos papeles, las puso encima, y lo cogió todo. Fue milagroso. Nuestra Madre nos contaba más tarde que el Señor las había llevado al Cerro sólo para eso, pues no pudieron llevarse nada más. En la caja del dinero había setenta pesetas, que aquellos hombres miraron con desprecio. La sierva de Dios les dijo que se podían quedar con ellas, y los milicianos le contestaron bruscamente que el dinero no les interesaba. Para la hora de cenar estaban ya en casa las tres, y con su hábito.

Todos los días, a las tres de la tarde, después de rezar Vísperas, subíamos al desván a acompañar al Señor. Era pleno verano, y la temperatura, asfixiante. Allí cantábamos, rezábamos, inventábamos letanías de desagravios, etc. Ella, mientras, miraba con los prismáticos al Monumento. Se veían perfectamente los intentos de derribarlo con explosiones de dinamita. Durante muchos días no pudieron tirar la sagrada imagen. La sierva de Dios, enardecida, decía: “¡Sigue en pie, hermanas!”. Entonces redoblábamos nuestras oraciones. Casi todo el tiempo lo pasábamos con los brazos en cruz. Al caer la tarde, cuando veíamos que los milicianos se marchaban, nosotras nos bajábamos a cenar, ya tranquilas ese día.

El 7 de agosto, primer viernes, comulgamos. Nos había traído doña Hortensia⁹ el Santísimo de Madrid el día anterior. No habíamos podido comulgar desde que nos expulsaron del Cerro, pues las Ursulinas también habían tenido que consumir el Santísimo. Nuestra Madre nos dio la comunión en su cuarto. Ella decía más tarde que esto había sido un regalo del Señor, que Él mismo había querido venir a confortarnos, ya que nos iba a pedir tanto en este día.

A las tres de la tarde, como siempre, subimos al desván. Se veía un gran revuelo, mayor que de ordinario; muchos camiones, y hasta una grúa. Los

⁹ Doña Hortensia González de Castejón era madre de la hermana M^a Teresa del Carmelo, postulante, y se encontraba visitando a su hija cuando la comunidad fue expulsada del convento. Siguió a la Madre y a sus monjas hasta Madrid, y las ayudó enormemente durante los meses que la comunidad estuvo refugiada en la capital de España.

milicianos estuvieron toda la tarde trabajando intensamente. El calor era de infierno. Llegó la hora de cenar, y nos tuvimos que bajar, por no causar trastorno a las Ursulinas. Nuestra Madre dejó dos hermanas vigilando con los prismáticos, porque los hombres aún no se habían ido. Ella subió inmediatamente después de cenar, y desde el desván pudo oír las tres detonaciones que derribaron la sagrada imagen, aunque como ya había oscurecido, no pudo verlo. En ese momento, le avisaron de que había dicho la telefonista de Getafe que acababa de caer la imagen del Corazón de Jesús entre horribles blasfemias, que le habían puesto una soga al cuello y con la grúa lo habían arrastrado. Nos quedamos medio muertas. Nuestra Madre, con la cara demudada, pero con gran entereza, nos lo dijo. “Vamos a subir, hijas, a acompañarle en estos momentos”. Las que aún no habíamos acabado, dejamos de comer y subimos. Estuvimos en el desván un gran rato. Ella nos dijo que si habían quitado su trono al Señor, que cada una le hiciésemos un trono en nuestro corazón. También rezamos por aquellos infelices, y ella repetía muchas veces: “Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen”. Estaba serenísima, pero nosotras estábamos “explotando”, así que al bajar nos sentamos en la escalera para desahogar nuestro inmenso dolor. Ella nos animaba. Nos dijo que ya allí no hacíamos nada, y que “mañana mismo nos marchamos a Madrid”. Mientras se arreglaban los papeles, llegamos al día 14. Ese día salimos para Madrid, ya sin hábito, porque nos obligaron a quitárnoslo, aunque muchas hermanas conservaron en Claudio Coello, aun vestidas de seglares, la correa y el escapulario del hábito. Nos llevaban detenidas a la Dirección General de Seguridad.

Antes de empezar la guerra, nuestra Madre, previendo lo que podía ocurrir, había consultado al padre Torres, entre otras muchas cosas, qué tenía que hacer si nos echaban del convento. Él le aconsejó que, si era posible, no se separase nunca la comunidad, y si nos obligaban, procurásemos no ir a vivir a nuestras propias casas, sino a las de las otras hermanas, para no poner en peligro nuestra vocación (pp. 206-210).

REFUGIADAS EN MADRID

Íbamos detenidas con nuestros nombres y apellidos. Una a una nos iban nombrando e íbamos subiendo a un autobús de guardias de asalto. En el camino hacia Madrid, nuestra Madre empezó a hablar con el cabo, que se llamaba Bezón, a interesarse por su familia, etc. Él le preguntaba si íbamos bien: “¿Van contentas?”. Ella le contestó que íbamos contentas sólo porque cumplíamos la voluntad de Dios. Al llegar a la Dirección de Seguridad, el cabo se opuso a que nosotras bajásemos. Sólo lo hizo él a informar que habíamos llegado, y que había cumplido su misión, y que nos llevaba a nuestro domicilio. También bajó

Catalina del Rey, que nos acompañaba ¹⁰. Bezón no presentó la lista con nuestros nombres ¹¹. Preguntó a nuestra Madre que dónde nos dejaba. Ella le dijo que nos dejara en Cibeles, que no teníamos dónde ir. Él se negó a dejarnos allí. Entonces, la hermana Pilar se acordó del piso de su hermana Enriqueta, en Claudio Coello, 33, que nos había ofrecido antes de irse de vacaciones, y allí nos dirigimos.

Enriqueta Cárdenas era soltera y vivía sola con dos muchachas, así que el piso era tan pequeño que parecía imposible meternos allí veintiún monjas, pero aquí pasamos los catorce meses que permanecemos en Madrid, y además este pisito se convirtió en un centro de caridad en donde nuestra Madre recibía a todo el que no tenía dónde ir.

Uno de los peligros más sobresalientes que tuvimos que pasar, y donde más demostró su fortaleza y su bondad, fue el registro que nos hizo el jefe de una de las checas más famosas y temidas de Madrid, la del palacio del Duque de Tovar, en la calle de Génova. Este hombre, llamado Avelino Cabrejas, apareció en Claudio Coello el 6 de septiembre con dos camiones y varios coches y, por lo menos, diez hombres y dos mujeres, para llevarnos detenidas. Tenían acordonada toda la calle y ocupadas las dos escaleras, y nos esperaban en la checa. Nuestra Madre abrió la puerta a los milicianos. Iba vestida con un traje negro con cuello blanco y llevaba su crucifijo grande por fuera; al preguntar Cabrejas por las Carmelitas del Cerro de los Ángeles, ella contestó con una serenidad impresionante: “Sí, y yo soy la superiora”. Se quiso quedar solo con la sierva de Dios en el saloncito. Como tenía dos puertas de cristales, algunas de nosotras nos agolpamos en ellas, dispuestas a entrar en cualquier momento. Lo oíamos todo. Cabrejas se sentó a caballo en una silla frente a ella, apuntándole todo el tiempo con una pistola, y empezó a interrogarla sobre el dinero que teníamos y dónde. Nuestra Madre, con una tranquilidad pasmosa y como si estuviese hablando con una de nosotras, le iba contestando. Al cabo de un rato, él guardó la pistola y, dándole un golpecito en el hombro, le dijo: “Usted y yo no podremos reñir nunca”. Mientras tanto, los otros milicianos iban registrando toda la casa; varias monjas los acompañaron. Cabrejas salió con nuestra Madre y le dijo: “Cuánto sentiría encontrar algo que las pueda comprometer”. Ella le contestó: “Yo no le puedo decir...; como la casa no es nuestra...”. Cuando, sentado en el suelo, registraba este hombre la última balda de un armario,

¹⁰ Catalina del Rey era conocida de la comunidad desde hacía varios años. Su actuación en este momento fue providencial, pues salvó a la comunidad de un gran peligro. Santa Maravillas la ayudó en momentos difíciles, y Catalina estuvo en constante relación con ella hasta el final de su vida, en 1969.

¹¹ El cabo Bezón conservó esta lista, con gran cariño, hasta el final de su vida. Su hijo, don Eulogio Bezón del Río, residente en Uruguay, en julio de 2003, después de la canonización de la Madre Maravillas, visitó a la comunidad de La Aldehueta y les regaló este precioso documento, en el que consta; además de los nombres y apellidos de las monjas, la edad de cada una.

encontró un retrato grande del Rey Alfonso XIII; y tirándolo con furia, exclamó: “¡Éste tiene la culpa de todo!”.

Un miliciano que iba con la hermana Isabel, encontró un fajo de cartas del padre Torres, y las puso aparte como sospechosas. Al entrar en el cuarto nuestra Madre con Cabrejas, el miliciano le entregó a éste las cartas, y Cabrejas las tiró diciendo: “¡Bah, déjalas!”. Nuestra Madre respiró en su interior, porque en una de aquellas cartas el padre, desde Roma, escribía algo así: “He celebrado la misa a las Infantas en las Catacumbas de San Calixto, y hemos hecho de conspiradores” —esto significaba que habían estado haciendo “castillos en el aire” sobre la manera de arreglar España—. Al acabar el registro, llamó Cabrejas por teléfono a la checa y les informó de que no se llevaba a ninguna porque “¡son unas infelices!”. Y lo mismo les dijo a los que vigilaban las escaleras. Una vez que se marcharon, todas fuimos a dar gracias a Dios, rezando Maitines, y no hubo más comentarios. Nos quedamos sin el Santísimo, que habíamos tenido que consumir al avisarnos la portera del registro.

Al día siguiente, 7 de septiembre, celebramos el santo de nuestra Madre¹². Cantó la Calenda la hermana Ángeles, y la acompañó la hermana Isabel con un violín improvisado, hecho con un peine y un papel de seda. ¡Salió precioso!

Nos turnábamos para vigilar por la mirilla. Un día, a finales de octubre, hacía guardia la hermana Visitación, una hermana vasca de velo blanco, que casi no sabía hablar castellano. Fue corriendo a llamar a nuestra Madre: “¡Ené, el Cabrejas!”, dijo.

Efectivamente, era Cabrejas. Esta vez con otro miliciano, su verdugo, según nos dijo. Hoy venía “en plan de amigo” a visitarnos, y para que viese el otro lo contentas que estábamos y cómo, sin tener nada, éramos tan felices. Nuestra Madre nos llamó a todas. Estuvimos en el saloncito con ellos —nosotras sentadas en el suelo—, como si fuese una “visita corriente”. Cabrejas nos preguntó con asombro: “¿No nos tienen miedo? Porque nosotros somos anarquistas de los auténticos”. La sierva de Dios, con toda tranquilidad y muy sonriente, le dijo: “Realmente, es como para tenérselo, pero como lo más que nos pueden hacer es quitarnos la vida, y ésa estamos deseando darla por Cristo...”. Entonces, volviéndose a nosotras, nos dijo: “Hermanas, canten eso del martirio”. Y les cantamos con toda el alma la siguiente copla que habíamos compuesto: “Si el martirio conseguimos, ¡qué mayor felicidad!: beber con Jesús

¹² El 8 de septiembre se celebra la fiesta de nuestra Señora de las Maravillas, Patrona de Cehegín (Murcia). Los días 7 y 8 celebraban las monjas el santo de la Madre.

el cáliz, y después con Él gozar. Y si Dios quisiera que muera en prisión, le diré que estoy presa sólo, sólo por su amor”.

Cabrejas se impresionó mucho, y dijo a nuestra Madre que nos iba a mandar camas y mantas, porque estábamos muy mal. Ella le dijo que no necesitábamos nada, que estábamos muy bien y que rezábamos mucho por él. Él dijo que ya lo había notado —se presentó en el piso con muchas condecoraciones y medallas colgadas—. Desde entonces Cabrejas evitó que nos molestase nadie, y no volvimos a tener ningún registro. El padre Florencio oyó decir a una señora que conocía a Cabrejas, que éste le había contado lo que cantaron las monjas en la visita que él les hizo con su verdugo, y que le impresionó, porque él también tenía su corazón (pp.210-214).

CARIDAD CON TODOS

Recuerdo, por ejemplo, cómo recibió en el piso de Claudio Coello, pequeñísimo, al padre prior de los Carmelitas Descalzos de Madrid, Florencio del Niño Jesús, a quien habían matado toda su comunidad. Recién salido de la cárcel, no teniendo dónde ir, nuestra Madre lo escondió en nuestro piso hasta que le buscó alojamiento para dormir en una casa de confianza, la de Feliciano Salán, uno de los chóferes de mi casa, donde el padre estaría más seguro por estar la casa protegida bajo la bandera inglesa. El padre pasaba el día con nosotras. Esto, hasta que salimos a la zona nacional, pues nuestra Madre le sacó también su pasaporte para salir con nosotras, y después estuvo en Batuecas con nuestra comunidad hasta que terminó la guerra. Providencia de Dios, pues al padre Florencio debemos las cartas íntimas de nuestra Madre de esta época, que nos descubren su extraordinaria vida interior.

En la casa de Claudio Coello teníamos desde finales de octubre dos monjas concepcionistas del convento de Torrijos, de Toledo, la madre Teresa y la hermana María, que nos mandó Cabrejas. Ocupaban otra habitación; y de lo poco que nos llegaba para comer, lo mejor era para el padre y para ellas. Venían también al piso muchas monjas a buscar el Santísimo que teníamos reservado, y a confesarse con el padre, y aprovechaba nuestra Madre para darles lo que hubiera en aquel momento. Pero velaba por nosotras tanto el Señor, que muchas veces lo que salía por una puerta de la casa, entraba por la otra. Algunas personas nos socorrían como podían. Por ejemplo, don Juan Lladó, que se había podido quedar en el Banco Urquijo, y era muy amigo de mi familia, nos había dicho: “Si necesitáis algo, pedidme”, y nos llevaba limosnas. También la señora de Rétola nos ayudó mucho en este tiempo.

A varias monjas ancianas y enfermas que no podían venir a Claudio Coello a recibir la comunión, iba nuestra Madre a llevársela. Un día vino muy impresionada: había dado la comunión a dos ancianas carmelitas descalzas de Talavera. Cuando se la dio a una de ellas, la sierva de Dios sintió algo muy especial. Luego supimos que esta hermana era la hermana Margarita del Espíritu Santo, que murió un año después de acabar la guerra. Era un alma muy escogida del Señor y de oración extraordinaria, como se ha visto en unos escritos que dejó. Las Madres de Talavera enviaron estos escritos a nuestra Madre, que estaba ya en La Aldehuela, para que los leyera. De entre ellos, había un pequeño párrafo que gustaba especialmente a la sierva de Dios, y del que nos hizo una copia a sus hijas: “Con mucha claridad me manifestó Su Majestad parte del cielo; más de dos horas duró este regalo, toda anegada en Dios. Allí vi a mis padres gloriosos, a mi madre en mayor grado, y los grados que por mi Profesión Su Majestad les había concedido. Vi algunas almas de mi familia, con que mi Jesús me patentizó la promesa de salvación de mi familia”.

La sierva de Dios traía todas las tardes a nuestro piso a la abuela de la hermana Carmen, a quien habían matado el nieto que vivía con ella. Nuestra Madre pidió a dos muchachas de mi casa, María y Pascuala, que no habían podido salir de Madrid, que la atendieran por las mañanas y le hicieran la comida. Cuando meses después nos marchamos a la zona nacional, nos llevamos a la abuelita, y nuestra Madre no la dejó hasta entregarla a otro nieto que tenía la señora en San Sebastián, evitando así también poner en peligro la vocación de la hermana Carmen.

Pero su caridad iba más lejos, pues no sólo la tenía con las personas amigas, sino que se extendía a todos: trataba lo mismo a las mujeres de los milicianos, interesándose por sus niños, etc.

El piso de abajo de la casa de Claudio Coello estaba lleno de familias de milicianos evacuados de los pueblos. Un día se enteró la Madre de que estaban disgustados, porque decían que no les dejaban dormir por el ruido que hacían con las sillas. Se levantaban a las cuatro y media a rezar Maitines, y por mucho cuidado que tuvieran veintiún personas, era casi inevitable que no las oyeran. La Madre, acompañada de una Hermana, bajó a hablar con las mujeres. Cuando les dijo quiénes eran, acudieron otras mujeres, que las rodeaban, asombradas, y ella les pidió perdón, diciéndoles que ya tendrían más cuidado para no molestarlas. Terminó diciéndoles que pedirían mucho por ellas. Las mujeres, cambiadas por completo, empezaron a llamar a los chiquillos: “¡Chicos, venid a ver a la Madre!”. Y quedaron tan contentas, que hasta se ofrecieron para lo que necesitasen.

Su confianza en Dios corría pareja con su caridad. Algún día, cuando cocinaba la hermana María, ésta le pedía “licencia” para hacer la comida del día siguiente, para aprovechar el fuego. Como comíamos tan poquísimo y nos quedábamos hambrientas, al acabar de comer, nuestra Madre decía muchas veces, mirando con picardía a la cocinera: “¿No tiene por ahí algo más? Traiga eso que ha hecho..., que mañana, Dios proveerá”. Y comíamos lo del día siguiente, con gran regocijo de todas. Ella, encantada de poder aliviarnos un poco, en estos días nos daba “parleta”¹³. Y nunca le faltó el Señor.

Organizó que veláramos al Santísimo de día y de noche, por España y por la conversión de los enemigos de Dios. Ella lo hacía hasta las tres y media de la madrugada todos los días, o sea que dormía tres horas.

Un día fui con nuestra Madre a ver a un señor que nos habían dicho que era bueno, pero que tenía un puesto entre los republicanos, que podía ayudarnos mucho, porque daba unos papeles que justificaban que aquel piso estaba protegido por el gobierno vasco y lo respetaban un poco. El señor estuvo amabilísimo con nosotras, prometiéndonos que nos los daría. Nos dijo que volviese doña Hortensia otro día, ya que lo tenía que sellar. Poco tiempo después nuestra Madre quiso conseguir otro papel de esos para alguien y volvimos. Llamamos a la puerta y no contestaban: era algo raro. Doña Hortensia se enteró más tarde que lo habían matado por traidor. Habíamos estado en la boca del lobo sin darnos cuenta (pp. 215-219).

SALIDA DE MADRID

El 13 de septiembre de 1937 dejamos nuestro pisito después de haber estado la noche entera limpiando y arreglándolo, pues nuestra Madre quiso que quedase en perfecto estado. Al amanecer llegamos andando a la calle general Pardiñas. En aquellos días Prieto había prohibido que salieran las monjas de Madrid. Por eso, teníamos que disimular, cosa bastante difícil. Nuestra Madre mandó a algunas a la peluquería para que les rizaran el pelo. Nuestras maletas eran muy malas y, aunque llevábamos pocas cosas se nos rompieron las cuerdas con que iban atadas. Fue otro espectáculo en medio de la calle de Alcalá. Nos moríamos de risa. Nuestra Madre era la primera que se reía. Nos había dicho que fuésemos divididas en varios grupos para disimular, pero al momento estábamos otra vez juntas.

¹³ Dar *parleta*: expresión carmelitana que significa que durante la comida las monjas pueden hablar. En el Carmelo habitualmente una hermana lee a la comunidad durante las comidas.

Al llegar, ya estaba esperándonos Torrubiano. Esto fue una providencia, porque los milicianos al vernos dijeron que nuestro camión no podía salir porque no tenía gasolina —en realidad es que no querían que saliéramos—. Ya estábamos todas instaladas. Era un camión de trasladar ganado, al que habían puesto unos tablones de lado a lado. Torrubiano se enfadó mucho y se fue a llamar por teléfono, no sabemos adónde. Volvió poco después diciendo que nuestro camión salía inmediatamente, que tenía órdenes. Nuestra Madre se lo agradeció muchísimo, y le prometió pedir por él toda la vida.

Este camión nos llevó a Valencia. El viaje fue horrible, porque el conductor nos quería asustar, y no nos mató porque se tenía que matar él. Las curvas eran de horror; caíamos a un lado y a otro, etc. En Valencia tomamos un tren para Barcelona, donde llegamos al día siguiente.

Al llegar a Port Bou, lo peligroso era pasar la frontera de Francia. Teníamos que pasar por una puertecita donde a muchos los detenían. Nuestra Madre estaba preocupadísima por el padre Florencio, pues a un señor mayor lo detuvieron delante de nosotras. Nos decía que pidiéramos mucho; ella lo hacía intensamente. Gracias a Dios, no hubo ningún inconveniente. Nuestra Madre no consintió pasar ella hasta que pasamos el grupo entero. Nosotras nos acordamos de aquellas palabras del Señor en el Evangelio: “Padre, no he perdido a ninguno de los que me diste”.

En Perpignan comimos en una fonda de la estación unos macarrones cocidos. Nuestra Madre gastó el poco dinero que tenía —de limosnas que le había dado gente conocida en Madrid—, en una tortilla para el padre y otra para doña Hortensia. Varias horas pudimos dormir en la sala de espera, pues salía el tren al anochecer, y además no teníamos dónde ir. Teníamos el billete pagado hasta la frontera de España. Un poco antes de llegar a Lourdes, se le ocurrió al padre que podríamos bajarnos allí. La sierva de Dios le dijo que no teníamos dinero para pasar la noche ni para tomar luego los billetes. El padre insistió, y ella accedió, fiada en la divina providencia. Fuimos al colegio de las Religiosas de la Asunción de Lourdes, a las que conocíamos de cuando hacíamos allí los ejercicios espirituales con el padre Torres. Aunque llegamos de madrugada, nos hicieron la gran caridad de darnos de cenar. Nos prepararon unos cuartos muy buenos. Estábamos rendidas y deseando acostarnos. Yo, por lo menos, ya estaba echada en la cama, cuando mira por donde mandó recado nuestra Madre que teníamos licencia para dormir en el suelo, por no dar trabajo a las Madres de lavar las sábanas... Por la mañana fuimos a la gruta y nos pasamos allí prácticamente todo el día.

A la mañana siguiente fuimos al Carmelo. El padre Florencio había conseguido del señor obispo la licencia para entrar en clausura, porque tenía

interés que viésemos el lugar desde donde Santa Bernardita vio a la Virgen cuando no la dejaron ir a la gruta. Una imagen de la santa señala en la huerta del convento ese sitio.

Después, a mí me mandó nuestra Madre con las dos muchachas a San Juan de Luz, donde fueron a recogerme mis padres, que estaban en San Sebastián, para gestionar los visados de entrada en España, que estaban muy difíciles, pues habían entrado hacía unos días unos republicanos diciendo que eran monjas. Esa noche la pasé con mis padres en un hotel de San Juan de Luz. Dormí en un cuarto con mi madre, y no pegué los ojos. A la mañana siguiente, fuimos a la oficina y, como las chicas que estaban allí eran muy conocidas, nos los dieron enseguida. Poco después, llegó todo el grupo de monjas desde Francia. Entonces me contaron las delicadezas que la Santísima Virgen tuvo con ellas y lo emocionadísima que había estado nuestra Madre.

Habían pasado casi toda la tarde en la gruta sin saber separarse de allí. Un sacerdote les abrió la reja y las hizo entrar; luego, en la procesión de los enfermos, las colocaron entre ellos, y al pasar el sacerdote con la custodia, les dio a ellas una bendición especial. Llegó la hora del tren, y sin billetes ni dinero subieron, pues nuestra Madre confiaba ciegamente en el Señor; y Él no le falló, porque pasó el revisor sin pedirles los billetes.

En San Sebastián fuimos a vivir a casa de mis padres, que nos dejaron un piso de la casa. Algún día nuestra Madre me mandó a comer con ellos. Las monjas comíamos juntas en el comedor de los niños. Algunas veces estuvieron con nosotras Cristina y Teresa Bertrán de Lis, sobrinas carnales de nuestra Madre, y M^a Victoria, mi hermana, que, sirviéndonos ellas la comida, disfrutaban mucho. Nos quedamos aquí ocho días, pues era muy difícil la entrada en Salamanca, porque estaba allí el alto Mando y acababa de marcharse Franco a Burgos. Uno de esos días fuimos a comer y a pasar el día con las carmelitas descalzas de aquí; y aunque no entramos en clausura, gozamos muchísimo. Rezamos Visperas con ellas.

Por fin llegamos a Salamanca, y en el Carmelo de allí estuvimos otros ocho días. Después salimos para Batuecas (pp. 224-227).

EN EL DESIERTO DE LAS BATUECAS

La providencia del Señor con la sierva de Dios, palpable y maravillosa, parece que resplandece más en este viaje, que fue desde el principio hasta el final un puro milagro. Nosotras íbamos a todas partes realmente guiadas por la providencia, sin dinero ni medios de nada. El traslado de Salamanca a Las Batuecas fue otro “milagro”, pues en aquel tiempo nadie tenía coche ni gasolina, y a nosotras nos ofrecieron los altos jefes militares todos los coches que necesitásemos para llevarnos. Fuimos en una caravana de seis o siete coches, y nos dieron, además, provisiones. El general Kindeland, Ministro de Aviación, pariente de la hermana M^a Cruz, fue quien nos dio los coches para que nos llevaran a Las Batuecas ¹⁴.

El valle de Las Batuecas está rodeado de altos montes desiguales, cuajado de árboles silvestres con gran cantidad de arbustos y flores. Bosques de encinas, robles, castaños, enebros y pinos. El clima es suave de forma que durante varios meses, mientras se cubre de flores silvestres y florecen el naranjo y el limonero, están vestidas de nieve las altas crestas de los montes. Toma su nombre del río Batuecas.

En este valle está el convento con la iglesia en medio y las celdas alrededor. Dieciséis ermitas exteriores repartidas por montes cercanos. Allí se respira un silencio consolador. En este antiguo Desierto de la Orden del Carmen vivieron muchos religiosos carmelitas descalzos. En 1925 la provincia de Castilla lo vendió a un comerciante de Salamanca, quien estaba a punto de venderlo a una empresa de turismo. La Madre Maravillas conocedora de ello se decidió a comprar el lugar con el dinero que sor Dolores de Jesús que acababa de tomar el hábito, le ofreció. Todo lo hizo muy rápido y el 11 de febrero de 1936 adquirió la propiedad del Desierto como priora del convento del Cerro de los Ángeles.

Al llegar, nos recibió el hermano Joaquín, que había sido hermano lego carmelita y no se había querido marchar cuando los padres vendieron la finca, y se quedó solo, con una vaca y dos gansos —Pablo y Pedro— muy altos, que le seguían como perritos. Los llamaba con un silbido y acudían al instante. Este hermano fue otra providencia del Señor. Nos hacía de hortelano, portero, sacristán, atendía la centralita del teléfono y los recados que había; era muy habilidoso y sabía hacer de todo, hasta cocinar. Nunca nos quiso cobrar nada.

Llegamos a Batuecas hacia el mediodía el día 28 de septiembre, y estuvimos durante la noche arreglando la capilla. Nos recordaba la sierva de

¹⁴ Sor María Dolores, *Mis recuerdos de la M. Maravillas*, Edibesa, Madrid, pp. 227-228.

Dios cómo nuestra santa Madre en sus fundaciones se pasaba la noche “en claro” preparando su iglesita, y nos animaba a poner el mismo amor y alegría que ella. También nosotras tocamos nuestra campanita para la misa al día siguiente. La celebró el padre Florencio, con gran devoción y regocijo de todas, y especialísimamente de ella, a quien veíamos fuera de sí. Era la primera en todos los trabajos (abrir caminos, limpiar las celdas y hacer habitable aquel precioso lugar de oración y recogimiento). También organizó la vida de observancia; y de aquella hospedería salió un “convento cabal”, como diría nuestra Madre santa Teresa.

Comprendiendo el padre Florencio que necesitábamos reponernos, nos hacía dar largos paseos por el campo, pues como todavía no teníamos clausura, quería que aprovechásemos. En estos paseos solíamos visitar las muchas ermitas que estaban diseminadas por la finca. A veces, el padre salía antes que nosotras y marcaba con flechas en el suelo la dirección que había tomado. Luego se sentaba a esperarnos detrás de algún árbol corpulento o algún matorral. Como llevaba un gran sombrero de paja, era fácil encontrarle enseguida, y así se lo avisaba alguna inmediatamente a nuestra Madre: “¡Mire, ahí está el padre!”. Pero ella, llevada de su caridad, se hacía la distraída, y fingiendo no haberle visto, seguía las flechas hasta el final. También nos daba el padre unas lecciones de Ascética y Mística, que ya había empezado en Claudio Coello ¹⁵.

AYUDAS DESPUÉS DE LA GUERRA

Después de la guerra, muchas personas que habían tratado a nuestra Madre durante ese tiempo, se acordaron de ella y le pidieron ayuda. Una de éstas fue Cabrejas, a quien detuvieron cuando huía hacia Alicante. Cuando estaba en la cárcel, envió al Cerro a su mujer y a su madre, que pidieron a nuestra Madre que intercediera por él. Estuvo cariñosísima con ellas, y envió a Cabrejas la “Historia de un alma”, marcándole la página en que Santa Teresita habla de Pranzini, el criminal. Además, les encargó que le dijeran cómo pedían en el Carmelo por él. Humanamente, hizo todo lo que pudo para salvarle —y podía mucho—, por medio del coronel Jurídico, que era Rafael Milans del Bosh, hermano de la hermana M^a Cruz, y varios generales muy conocidos suyos. Ellos nos enviaron la hoja de servicio de este pobre hombre, que era estremecedora: había matado por su mano más de dos mil personas.

Nunca supo la sierva de Dios el fin que tuvo este Cabrejas y, aunque indagó bastante, no pudo averiguarlo; pero conociendo la misericordia de Dios

¹⁵ Ib. pp. 228-229.

y cómo paga un vaso de agua que se dé por su amor, siguió confiando siempre que se había salvado.

Otras personas de las que acudieron a ella pidiendo ayuda y recomendación en esos momentos, fueron los padres de “Chuni”, una niña que cuidaba la hermana Isabel en el piso de al lado. Estos señores, algo republicanos, habían acogido en su piso a un canónigo de Madrid muy conocido, don Diego Tortosa, y nuestra Madre, pensando que podía ser descubierto si tenían en la casa una criada desconocida, les mandó a la hermana Isabel, que se le había ofrecido, para cuidar al sacerdote y a la niña ¹⁶.

REGRESO AL CERRO DE LOS ÁNGELES

Estuvimos en Las Batuecas del 28 de septiembre de 1937 hasta el 4 de marzo de 1939. Ese día salimos Josefina, Isabel y yo. Nos acompañó doña Hortensia. El viaje se adelantó más de lo previsto, porque esta señora llegó a Batuecas diciendo que, si no salíamos inmediatamente, al día siguiente iban a cortar las carreteras y ya no podríamos viajar.

Al llegar a Getafe, fuimos de nuevo a las Ursulinas, que nos acogieron otra vez con inmenso cariño. Nuestra Madre decía que nunca podríamos pagarles lo que en este tiempo hicieron por nosotras. Los militares nos aseguraron que nos avisarían en cuanto entrasen las tropas nacionales en Madrid, para que pudiésemos subir al Cerro enseguida.

El día 28 de marzo, mientras rezábamos Maitines después del desayuno, en el momento que entonábamos el “Te Deum”, oímos todas las campanas de Getafe tocar a vuelo. ¡Se había rendido Madrid! Nuestra Madre estaba impresionadísima, pues había pedido mucho al Señor que se rindiera sin sangre, como así fue.

Esa misma tarde quiso subir al Cerro, pero los militares la detuvieron porque era peligroso todavía. A la mañana siguiente, a las nueve ya estábamos en marcha. Subimos a pie. Al empezar a subir la cuesta, hicimos el “Vía Crucis”. El Cerro estaba desierto. Nos arrodillamos ante las minas del Monumento. Nuestra Madre rezaba en silencio, con un recogimiento sobrecogedor... Al rato empezó a llegar gente, y dos hermanas de la caridad. Nos abrazamos llenos de emoción. Ella pretendía quedarse ya allí, pero la disuadieron, diciéndole que era muy peligroso todavía, y volvimos a Getafe.

¹⁶ Ib. pp. 214-215.

El panorama del Cerro era terrible. El Monumento estaba derruido; la ermita de la Virgen, también muy destrozada; nuestro convento, en un estado lamentable: sin tabiques, ni puertas, ni ventanas, todo lleno de escombros, bombas, balas, fusiles; ratas y ratones por todas partes. La basura e inmundicia, imposible de describir.

La sierva de Dios trazó un plan atrevido: arreglaríamos primero unos cuartos de la entrada del convento, y en cuanto tuviéramos un sitio un poco decente para poner el Santísimo, nos instalaríamos allí. Después de misa, todos los días subíamos a pie, bien provistas de avíos de limpieza. Nuestra Madre alquiló una tartanita para que subieran en ella las más delicadas. Aquellos días fueron de intensísimo trabajo. Una sucísima habitación cerca de la entrada tenía que quedar convertida en capilla, pero, a pesar de haber fregado todo con zotal, estaban tan negras las paredes, que no podíamos poner allí al Señor. No teníamos nada para blanquear, y nuestra Madre decidió tapizarlas con sábanas blancas. Tenía tanta prisa, porque unos días después era Jueves Santo, y quería celebrar los Oficios del Jueves Santo, así que pudimos tener los cultos de la Semana Santa como de costumbre.

¡Qué habilidad tenía para organizar enseguida estos Carmelos ambulantes! Aquí, como en Getafe, Claudio Coello y Batuecas, no se dejó un solo día de vivir como carmelitas. El Señor le había dado un don especial de gobierno; era obedecida sin mandar. Gracias a ella, se salvó la vocación de todas nosotras en circunstancias tan difíciles y dolorosas.

Como los bocadillos que llevábamos no eran suficientes para alimentarnos, instaló una cocinilla que encendíamos con leña; ella misma iba a buscarla a la huerta, entre trincheras y escombros, que hacían el paso peligroso. Nuestra Madre apenas comía. Decía que no tenía ganas, para que, con la parte que le correspondía, pudiéramos nosotras tener un poco más. Lo más terrible era la sed. De vez en cuando nos subían unas botellas de agua de Getafe, pero no todos los días, y teníamos que escoger muchas veces entre beber o lavarnos las manos, después de haber pasado el día entero limpiando inmundicias ¹⁷.

Un día en que tenían una sed abrasadora y no había agua, se presentó de improviso un señor que les llevaba un saco de naranjas. Todas lo recibieron como enviado del cielo. Dios proveía a sus trabajadoras esposas en los momentos menos pensado, pero cuando más lo necesitaban.

Muchos días trabajaron solas. Después consiguieron albañiles y ellas hacían de peones. El hermano de la hermana María Cruz las proveyó de agua

¹⁷ Sor M^a Dolores de Jesús, o.c., pp. 231-234.

mandándoles todos los días un tanque militar. El obispado les proporcionó un capellán, cosa muy de agradecer en esos momentos. La vida era dura y austera. Reinaba la pobreza, pero también una alegría desbordante que sabía infundir la Madre Maravillas y todas vivían contentas en medio de la escasez de medios, teniendo a Jesús en medio en el sagrario, que de vez en cuando les daba muestras palpables de su presencia interviniendo con su amorosa providencia para ayudarlas en sus necesidades.

Una vez limpia la casa de capellanes, salió hacia Batuecas a buscar a las novicias. El 11 de junio de 1939 se trasladó el Santísimo, y la comunidad en procesión acompañamos al Señor a su nueva morada. Ese mismo día quedó puesta la clausura. Ella disfrutó mucho en esta casa, por ser tan pobre y pequeña. Estuvimos aquí hasta el 30 de mayo de 1942, en que, terminada la reconstrucción del convento, nos trasladamos definitivamente a él (p. 234).

FUNDACIONES

Además del convento del Cerro de los Ángeles, del de las Batuecas y del de Kottayam en la India, fundó otros ocho.

1.- MANCERA DE ABAJO

Mancera de Abajo (provincia de Salamanca) había sido el segundo convento de la Reforma de san Juan de la Cruz, que vivió en él tres años. La Madre Maravillas viajó a ver el lugar el 29 de septiembre de 1943. Aceptó el sitio y comenzó la construcción en enero de 1944. El 27 de abril de 1944 salió definitivamente la Madre de su convento del Cerro para quedarse en este de Mancera, donde todo era pobre y pequeño, pero donde había mucho amor a Dios. El 29 de abril, al llegar a la plaza del pueblo, toda la gente gritaba: *Vivan las monjitas*, demostrando así su alegría de tener un convento de carmelitas. El 30 de abril se inauguró el nuevo convento con siete hermanas y el 1 de diciembre se inauguró la iglesia, cuando ya había catorce en comunidad.

Una noche no tenían nada para cenar y de pronto llamaron al torno y se presentaron unos chiquillos que habían pescado unas ranas y les llevaban las ancas. Les supieron a gloria. Otro día les regalaron pan y escribió: *No se preocupe por lo del pan. Ahora ya vamos a tener, porque no lo pudimos hacer hasta ahora por falta de levadura y porque no teníamos horno, pero ahora lo hemos tratado y nos lo van a hacer. De todos modos, no nos hemos quedado nunca sin pan, pues a última hora nos ha mandado siempre el Señor. Un día que no había más que para una vez, dije que lo pusieran todo, que Dios proveería y*

nos mandaron tres panes y al día siguiente otra persona mando más. Así que ya les digo, nos lo manda siempre el Señor y muchas veces cuando vamos a comer¹⁸.

También escribió sobre este convento de Mancera: *Un día la Madre Carmen se metió a hacer cuentas y se quedó aterrada de ver que tenían muchas cuentas por pagar y ni un céntimo para hacerlo. Se fue a la capilla y le dijo al Señor que él lo arreglase, que ella no veía salida. Él vería como lo subsanaba.*

Llegó un señor X y dijo: *Yo les debo mucho dinero de la obra de Mancera. Dijo que eran 300.000 pesetas y que dónde las mandaba. Entonces le dije (M. Maravillas) que era providencial, porque en Mancera habían tenido y tenían unas obras y no sabían cómo pagar. El Señor manifestó que la última cuenta de las obras de hacía 10 años se los había pasado sin pagar y quiso el Señor que ahora viniese a arreglar. Fue un verdadero milagro y en el momento justo¹⁹.*

Pronto la Madre Maravillas dispuso el trabajo: unas haciendo alpargatas, otras en los telares, otras en la huerta. Así pudieron ganarse la vida normalmente. Por eso escribió: *Tenemos muchos pedidos de alpargatas y, aunque no les dejo coger ni un minuto de los actos de comunidad, pues hay que sentar bien este principio, siendo como es, cosa habitual, estamos todo el día sin levantar cabeza²⁰.*

2.- DURUELO

El 20 de julio de 1947 se inaugura el convento de Duruelo, cuna de la Reforma carmelitana, ya que allí comenzó san Juan de la Cruz a vivir la vida renovada del Carmelo. La Madre Maravillas, que residía en Mancera, desde allí vigilaba la construcción del nuevo convento de Duruelo. El día de la inauguración se hizo una solemne procesión desde Mancera en la que estuvo el general de la Orden. La Madre estaba feliz en aquel lugar tan santo y apartado. Contenta con la pobreza de la construcción.

Ella escribió: *Pida para que ya que en esta soledad donde toda lleva tanto a Dios y tan vivo se tiene el recuerdo de nuestro santo Padre (Juan de la Cruz) tengamos la dicha de vivir y sepamos darnos como él se dio y amar al Señor como él lo amó²¹.*

¹⁸ Carta 1316 a la Madre Magdalena de la Eucaristía, 14 de mayo de 1944.

¹⁹ Carta 4386.

²⁰ Carta 1362 a la Madre Magdalena de la Eucaristía, 4 de julio de 1945.

²¹ Carta 6878.

Ella, siempre tan preocupada por los demás, siendo priora de Duruelo tuvo la delicadeza de comprarle un burro al hortelano para evitarle el cansancio de ir y volver a pie a buscar el correo.

En el gallinero de Duruelo entró la peste y las hermanas sacaron las gallinas muertas y se quedaron sin ninguna, a pesar de que era la principal entrada de sustento de la comunidad. La Madre les dijo con confianza: *No tengáis miedo, el Señor sabe que tenemos que comer*. Ciertamente, muy pronto todo se arregló con limosnas que les llegaron y pudieron reponer el gallinero.

3.- CABRERA (1950)

En el campo salmantino había una ermita dedicada al Cristo de Cabrera, imagen del siglo XI muy venerada. En marzo de 1949 visitó el lugar la Madre. Escribió: *Nos encantó aquello. Una imagen de Cristo de lo más devota que se puede imaginar. Se comprende que sea una imagen milagrosa. Todo está lleno de exvotos* ²².

Para la fundación del convento de Cabrera la Madre encontró un problema grave. No había agua. Se pusieron a buscarla y la primera inspección no dio resultados. Unos días después volvió a intentarse la búsqueda de agua y se encontraron dos venas de agua, que podían satisfacer las necesidades del convento y de la gente.

Los dueños de la finca les cedieron el terreno que necesitaran con tal que los encomendaran al Señor. La Madre, viajando desde Duruelo y la priora de Las Batuecas, se encargaban de las obras. El 4 de octubre de 1950, después de entregar el convento de Las Batuecas a los padres carmelitas descalzos, se trasladó la Comunidad de Las Batuecas al nuevo convento de Cabrera entre encinas y manadas de toros bravos. Y el 11 de abril de 1951 fue inaugurado el monasterio por el señor obispo.

²² Carta 3115.

4.- ARENAS DE SAN PEDRO (1954)

Un día se le presentó a la Madre el obispo de Ávila a pedirle la fundación de un convento en Arenas de San Pedro para que hubiera un dique a la ola de descristianización de la zona. Le ofreció una capilla a la Virgen de Lourdes con su casa y huerta. La Madre le dijo que estaban haciendo trámites para fundar un convento en Japón y no tenía religiosas suficientes. El obispo insistió y al final ganó la partida. La Madre se decidió a fundar en Arenas un nuevo monasterio.

El 8 diciembre de 1954 se fundó el Carmelo en Arenas de San Pedro (Ávila), a la sombra del sepulcro de san Pedro de Alcántara. Este pueblo estaba muy necesitado espiritualmente a pesar de reposar allí los restos de san Pedro de Alcántara. Pero encontró a las afueras del pueblo un lugar ideal. Pinares inmensos, buen terreno para la huerta, soledad y silencio. La providencia les suministró la ayuda necesaria y la Madre dejó Duruelo y marchó a Arenas de San Pedro de priora. Ella escribió: *Nosotras vinimos aquí por San Pedro de Alcántara, tan amante de la pobreza y que tanto ayudó a nuestra Madre santa Teresa* ²³.

5.- SAN CALIXTO (1956)

En un lugar de la sierra de Córdoba, en el desierto del Tardón, se fundó un nuevo convento. A mediados del siglo XVI dos discípulos de san Juan de Ávila quisieron llevar allí vida solitaria contemplativa y eligieron este lugar en que había una ermita dedicada a la Virgen. En poco tiempo eran ya 40 hermanos formando una comunidad bajo la dirección del hermano Mateo, que les dio una Regla muy sencilla. Más tarde se acogieron a la Regla de san Basilio. En el siglo XIX la invasión napoleónica lo redujo todo a ruinas.

Los marqueses de Salinas compraron la finca y construyeron su casa de campo, queriendo resucitar el antiguo monasterio. Tenían una hija carmelita y se lo comunicaron a la Madre Maravillas, que estaba en Arenas de San Pedro. Fue a visitar el lugar y el pueblo más próximo: Hornachuelos. A 18 kilómetros del pueblo estaba el antiguo monasterio, en un lugar de silencio y que todavía respiraba presencia divina y aroma de santidad. Los marqueses corrieron con todos los gastos y ofrecieron el convento hecho según indicaciones de la Madre en estricta pobreza. El día que llegaron las religiosas encontraron todo amueblado y hasta la cena preparada. El 30 de mayo de 1956 comenzó la vida claustral del nuevo Carmelo. La comunidad lo formaban ocho religiosas del convento de Cabrera, tres del Cerro y dos de Duruelo.

²³ Carta 4414.

6.- ARAVACA (1958)

La familia Oriol, que mucho quería a la Madre, le ofreció en 1956 un terreno en Aravaca, lugar próximo a Madrid. Yendo desde el Cerro vigilaba la construcción la Madre Magdalena de la Eucaristía, priora del Cerro. Esta vez consiguió la Madre Maravillas hacer el monasterio más chico y más pobre. Religiosas procedentes de la comunidad del Cerro y de Mancera formaron la primera comunidad en este lugar. El nuevo convento fue inaugurado el 21 de junio de 1958.

En mayo de 1964 llegó a Aravaca la Madre Inés, pero solo vivió allí 17 meses, porque el Señor se la llevó por medio de un cáncer galopante. La Madre Maravillas se rindió ante la voluntad de Dios y abrazó su cruz. Escribe: *Nuestra corderita, hecha un encanto en su cruz con el Señor, pero pronto pasará y el haber sufrido permanecerá para siempre. ¿Qué será? Me da envidia, aunque al pobre corazón le cuesta separarse de una hija querida, siempre tan queridísima. Hágase siempre y en todo su voluntad*²⁴.

7.- LA ALDEHUELA (1961)

Para la fundación del convento de La Aldehuela la misma propietaria Asunción Jara dijo que sería un honor para ella tener un Carmelo en sus terrenos, que ella donaba con generosidad. Podían escoger el sitio que quisieran de su gran finca. Este nuevo palomarcito de la Virgen se llamó del Sagrado Corazón y de San José. Durante 27 años estuvieron viviendo en esos lugares los hijos de San Bernardo, llevando una vida estrictamente contemplativa. Seguían la rigurosa austeridad de la Trapa en cuanto al silencio y separación del mundo. Trabajaban en el campo para ganarse el sustento de cada día. Pero tuvieron que abandonarlo en 1927 y se fueron a recobrar el antiguo monasterio cisterciense de Santa María de la Oliva. Parecía que Dios tenía reservado esos lugares de oración para la Madre Maravillas y ella aceptó la oferta que le hicieron.

El convento fue inaugurado el 8 de enero de 1961, a dos kilómetros del convento del Cerro, junto a Getafe, y por tanto muy cerca de Madrid. Don Ricardo Fernández, padre de una carmelita, edificó el convento. Desde el nuevo Carmelo se divisaba lo lejos el Cerro de los Ángeles y se adivinaba la figura del Corazón de Jesús. El 9 de enero de 1961 en La Aldehuela se celebró la primera misa.

²⁴ Carta a la comunidad de Cabrera de septiembre de 1965.

En febrero de 1961 escribía: *Ya tenemos la vaca que es novilla, pero parece muy buena y es una gran cosa poder tener leche. Ya están encargados los árboles que son muchos y las plantas y rosales. También se preocupó de instalar el gallinero para la venta de huevos y las necesidades de la comunidad.*

En este convento se quedó a residir como priora los últimos años de su vida hasta su muerte y aquí se encuentran sus restos.

7.- MONTEMAR (1964)

En la parte más alta de Torremolinos en la costa de Málaga, cerca de Marbella, donde hay tantos turistas, hoteles y centros de lujo y diversión, la Madre quiso colocar un convento que se dedicara a la oración y expiación.

En 1961 la señora Carlota Alessandri, dueña de muchos terrenos de Montemar, quiso ofrecer un terreno para el nuevo convento y allí nació el 7 de mayo de 1964 un Carmelo, en un lugar lleno de luz y de flores, en el que se reunieron 14 monjas, procedentes de fundaciones anteriores de la Madre Maravillas. Pero la Madre tenía amplias miras para el futuro y consiguió de la señora Carlota unos terrenos para construir una residencia para señoras, una escuela de niños, una residencia para empleadas domésticas y de hoteles; y un lugar para la construcción de una parroquia. Y todo esto lo dejó encomendado a las carmelitas misioneras.

En 1964 ya estaba terminado el convento de Montemar en la costa de Málaga. Un convento pequeño, blanco y alegre, lleno de luz por todas partes. Las catorce monjas de la primera comunidad comenzaron con alegría su andadura con oración, rezo del Oficio divino, rezo del rosario, guardando silencio y trabajando, sin descuidar la recreación para alegrarse mutuamente y contarse los pequeños detalles de la vida de cada día.

OTROS CONVENTOS

Recordemos la fundación del convento de Kottayam en la India de donde salieron otras dos fundaciones. El convento de Las Batuecas, cedido a los padres carmelitas descalzos.

En 1959 decidió fundar otro convento en Talavera de la Reina, pero no para ellas, sino para los carmelitas descalzos. Desde la comunidad del Cerro trabajó incansablemente para que todo se llevara a buen término. Del Cerro salían grandes cajones con vasijas, utensilios de cocina, ropa, ornamentos, etc. Faltaba la imagen de la Virgen del Carmen para el altar mayor y la priora del Cerro regaló la imagen que tenían en la iglesia del Cerro. En el verano de 1960 tuvo lugar el capítulo provincial de los carmelitas descalzos de Castilla y el 15 de octubre de este año 1960 la Madre Maravillas entregó al provincial de Castilla, fray Pedro Tomas de la Sagrada Familia, la iglesia y el convento de Talavera de la Reina. En el momento de la inauguración todas las campanas de la ciudad tocaron a gloria.

También restauró en alguna medida el convento de El Escorial, donde ella ingresó y, por supuesto, el convento de la Encarnación, donde entró santa Teresa y vivió 27 años como religiosa, además de tres de Priora.

El 24 de agosto de 1940 a los 378 años de fundada la Reforma teresiana, la comunidad de La Encarnación se pasó a la Descalcez, después de varios intentos, previa votación y el permiso de la Santa Sede.

El año 1965 expuso el prior de los carmelitas de Ávila a la Madre Maravillas la necesidad urgente y el deseo de las religiosas de la Encarnación de que se hiciera ella cargo del monasterio. Lo mismo le pidió a la Madre Maravillas el obispo de Ávila. Ella fue a visitarlas al monasterio el 25 de abril de 1966 y envió nueve monjas de sus conventos. Para su restauración acudió a la Dirección General de Arquitectura; y el Estado subvencionó las obras por tratarse de un monasterio, verdadero relicario de santa Teresa. Este convento floreció de tal manera que unos años después pudo enviar religiosas a otros conventos necesitados.

EL DEMONIO

En julio de 1955 estábamos haciendo ejercicios espirituales con el padre Valentín de San José. La noche del 31 de julio, en el coro, durante el examen de conciencia, empezamos a oír unos ruidos como de clavar, muy fuertes, en el piso alto; salían de la zona de unas tribunas que hay sobre el coro alto. Esto estaba muy cerca del noviciado, y ese día había una novicia enferma que estaba ya acostada. Yo era enfermera. Nuestra Madre me miró y me hizo señas de que fuese a ver qué pasaba. Salí con la hermana Virginia. Según nos acercábamos a las tribunas, los ruidos eran más fuertes. Salían de la primera tribuna. No nos atrevimos a abrir la puerta, y bajamos otra vez para decírselo a nuestra Madre, que ya nos salía al encuentro. Se le ocurrió que subiera con nosotras la perra, pero notábamos que esta, que era una fiera y con cualquier ruido se ponía furiosa, no daba señales de oír nada. Por fin abrimos la puerta de la tribuna; la perra entró tan tranquila. No había nadie, pero seguían los ruidos horribles. Cuando nos bajamos, los ruidos se oían ya por todas partes: en las puertas, en los tránsitos. Nuestra Madre llamó al padre Valentín y se lo dijo, y él, paciente, contestó que no hacía falta que él entrara y que no hiciésemos caso; que echase ella agua bendita.

Esa noche, nuestra Madre, comprendiendo la tensión de las monjas, mandó que no se tañera a silencio, y nos dijo que se quedasen las profesas durmiendo juntas en el coro, y a las novicias las hizo bajar a dormir a la pieza de recreación, que está casi enfrente del coro. Estábamos muertas de miedo. En cambio, a ella la veíamos con un dominio extraordinario y una serenidad pasmosa, y se fue sola a su celda. A mí me dijo, pensando en mi mala circulación de las piernas, que me fuese también sola a descansar a la celda —¡nuestra Madre pensaba que a mí me pasaba como a ella, que no tenía miedo!—. Y la verdad es que sí lo tenía.

Al día siguiente, por la noche, ocurrió lo mismo o peor. Nuestra Madre subió con las monjas, y con agua bendita asperjó todos los rincones, pues por arriba era donde se oían más los ruidos. Con serenidad y energía decía: “¡En nombre de Jesucristo, te mando que te marches de aquí!”. Los golpes seguían. En un momento en que ella estaba junto a una tribuna, se oyó un estruendo terrible dentro, como una patada fortísima en la puerta. La hermana Virginia la abrió, y allí no había nadie. Nuestra Madre volvió a increpar al demonio, pero no se iba. Para serenarnos, nos decía que no tuviésemos miedo, que no podía hacernos nada, que solo quería asustarnos, porque era un convento de la Virgen que iba a dar mucho fruto para las almas; y echaba agua bendita. Ella estaba con una serenidad impresionante. Dormimos como la noche anterior. Seguían los golpes, silbidos semejantes a cuando hace mucho viento; carreras por los tránsitos, también mucho barullo, y ruido de cadenas y cosas de hierro

arrastradas por el suelo. Por las mañanas, al despertarnos, se sentía un jaleo enorme alrededor de las tapias del convento, como de una gran multitud de gente, una cosa rarísima que no habíamos oído nunca. La hora de siesta también era terrible, y el resto del día, mientras trabajábamos cada una en nuestros oficios, lo oíamos como si lo tuviéramos allí mismo.

Al tercer día entró finalmente el padre, y nos dijo que no hiciésemos caso, y que volviésemos a dormir a las celdas, que no le dejásemos al demonio salir con la suya, que lo que quería era quitarnos el fruto de los ejercicios, y que era muy raro que lo oyese toda la comunidad. El sólo conocía un caso, que ocurrió predicando santo Domingo sobre el Rosario en una iglesia.

Aquella noche, mientras rezábamos Maitines, empezaron como siempre los golpes y lo demás. La hermana Isabel, ayudanta del noviciado, y las novicias, al volver al noviciado, después de Maitines, se pusieron a cantar a pleno pulmón: “Nuestra Madre nos dijo que durmiésemos en las celdas, pero de dos en dos. Obedeció al padre, pero, al mismo tiempo, ¡que caridad!

Así continuamos hasta el 4 de agosto, víspera de nuestra Señora de las Nieves. Estábamos rezando, con todo fervor los Maitines de la Virgen, cuando de pronto se oyó un ruido tremendo, distinto a los de los otros días, y como alguien que corría por la parte del convento que llamamos “Tebaida”. Nuestra Madre, con gran alegría, al salir del coro exclamó: “Se ha marchado. Ha sido la Virgen quien lo ha echado”. Y así fue. Aquello terminó desde ese momento ²⁵.

Al convento de Duruelo fue a pasar unos días una señora. Solía por las noches salir del cuarto de los huéspedes e ir a la capilla a oír los Maitines. Uno de los días, le pidió la Madre que aquella noche no fuera. Ella, extrañada, le preguntó por qué, y la Madre le dijo que aquella noche iba a haber perros por allí. La señora se extrañó aún más. ¿Perros? A ella no le importaban nada, no le daban miedo los perros. Pero de tal forma le insistió la Madre y tan seriamente, que ella no fue. Recuerda que nada más cerrar la puerta de su cuarto, se oyó tal ruido, no de un perro sino de muchos perros juntos, con tales aullidos y ladridos, que se quedó impresionada. Al día siguiente le contó esto a la Madre y que solo se le había ocurrido echar agua bendita. Y la Madre le dijo, muy tranquila: “Pues hizo muy bien”.

La misma Madre Maravillas refiere: Esta mañana me desperté como siempre, antes de las tablillas. Me pareció ver muy cerca de mí como inclinada sobre mí o arrodillada, no sé, una figura horrenda, dándome la impresión de ser

²⁵ Sor Dolores de Jesús, *Mis recuerdos de la Madre Maravillas*, Ed. Edibesa, 2006, pp. 239-241.

*el demonio. Se borró enseguida y después del susto del momento me quede en paz completa*²⁶.

CARISMAS

La Madre Maravillas tuvo algunas experiencias místicas como ella misma nos narra en sus cartas y escritos. Era tanta su confianza en Jesús que él a veces hacía milagros de multiplicación de alimentos o de conseguirle dinero para sus fundaciones de la manera más insospechada. Uno de los carismas en que más sobresalió fue el del conocimiento sobrenatural. Veamos algunos ejemplos.

A veces iban al locutorio varias jóvenes, todas con los mismos deseos de entrar. Las demás hermanas no notaban diferencia entre ellas. Podían gustarles unas más que otras, pero nada más. Pero la Madre desconcertaba a veces, diciendo: “Esta entrará, pero aquella otra no”. Y así ocurría.

Cuenta una religiosa de la Compañía de María que en el año 1932 fue un grupo de alumnas, ya mayores, todas con vocación religiosa, en peregrinación al Cerro de los Ángeles. Estuvieron con la Madre Maravillas en el locutorio, y después de algún rato en que hablaron de su vocación, la Madre les dijo: “Pero yo creo que de todas, solo dos entrarán”. Lo que se cumplió al pie de la letra.

Hubo una ocasión en que fueron dos pretendientas juntas al locutorio. Salieron otras hermanas con ella a conocerlas. Todas estaban encantadas con una de las chicas, que era tan agradable, tan encantadora. La otra, no parecía tanto. Nada más salir del locutorio, la Madre las dejó sorprendidas diciéndoles que la que a ella le gustaba era precisamente la que tenía menos atractivo natural y en la que las otras monjas no se habían fijado apenas. Aquella hermana entró, vivió santamente y murió en olor de santidad en uno de sus conventos.

Fue a su convento una joven que parecía tener vocación, a pedir que la recibiesen. Estaba en un ambiente muy difícil y se pidieron informes donde trabajaba. No los dieron nada buenos, ya que, por fuera, nadie sabía el cambio que se había obrado en ella, pues acababa de convertirse. Cuando las hermanas supieron las malas noticias de que no podría ser, se quedaron sorprendidas al oír decir a la Madre que o se creía en la gracia y el amor de Dios o no... que ella creía en la conversión de las almas. Por fin entró, perseverando fielmente.

²⁶ Carta 788 al padre Valentín de San José, del 5 de octubre de 1969.

Llegó en cambio, otra pretendiente, al parecer con toda clase de cualidades encantadoras. En los informes que dieron se hacían toda clase de ponderaciones. La Madre, aun sin verla, no la quería admitir. Parecía incomprensible. Y, sin embargo, el tiempo vino a darle la razón, pues pudo comprobarse con toda claridad que no tenía vocación de carmelita ²⁷.

AMOR A JESÚS

Jesús Eucaristía era el amor de sus amores y ante él se pasaba horas enteras, sobre todo en tiempos malos.

Durante la guerra, la Madre se pasaba tres horas todas las noches ante el Santísimo. Desde los tiempos de El Escorial todas las noches hacía una hora santa. En la guerra ella misma daba la comunión a personas que venían a nuestro piso, porque nadie sabía, menos algunas monjas, que teníamos allí un padre. Impresionaba la unción y recogimiento con que daba la comunión, lavándose y perfumándose las manos antes de tocar el Cuerpo del Señor.

Tenían al Señor en una cajita de plata, en el mejor sitio de la casa, que les servía de coro; allí rezaban el Oficio y hacían turnos de vela día y noche. Como no tenían misa, la Madre se la leía. Un día le escribe al padre Alfonso Torres: *En la oración me pareció enteramente sentir la presencia del Señor y con amor grandísimo decirme: “Hija mía”. No necesito decirle lo que sentí* ²⁸.

En otra carta nos dice: *Anoche, al ir a comulgar, estando sin nada en todo el oficio, sentí de repente avivarse la fe y me pareció como si la Santísima Virgen me entregase en aquel momento al Niño, pero tan claro y tan fuerte fue esto que instintivamente descrucé las manos y como si realmente le tuviera en los brazos volví a mi sitio con trabajo. Allí no sé bien lo que fue, esta vez mucha dulzura y mucho amor... Y en este amor me parecía que quería quedarse conmigo para siempre* ²⁹.

Por otra parte no puede disimular su gran alegría interior y escribe: *Mi vida espiritual es sencillísima. Es solamente amar... Hay dentro de mí como una soledad donde, aunque exteriormente está ocupada en otras cosas, vivimos Él y yo. En esta soledad, aun en los ratos de mayor recogimiento, no se habla... se siente una paz inmensa, se ama y uno es amado. No puedo explicar esto cómo es* ³⁰.

²⁷ Semblanza, *Madre Maravillas de Jesús*, Madrid, 1994, pp. 236-237.

²⁸ Carta 242 de septiembre-octubre de 1930.

²⁹ Carta 338.

³⁰ Carta 2318 a la Madre Magdalena de la Eucaristía, 3 de junio de 1960.

Por la noche, al bajar al coro y arrodillarme como siempre delante de la reja, volví a sentir lo mismo que por la mañana, y entonces, sin reflexionarlo, me fui a la capilla y, al arrodillarme delante del sagrario, sentí muy grande recogimiento y habló el Señor a mi corazón. Lo que me dijo no me atrevo a decirlo, ni puedo; fueron palabras de mucho amor, aunque algunas de reprensión. Desde el sagrario lo sentía vivo y hablando, sin duda ninguna, a mi corazón ³¹.

Estaba tan segura del amor de Dios que solía decir: *Si el Señor me pregunta en qué momento quieres morir o de qué enfermedad, le diría: “Señor, cuando tú quieras, como tú quieras y lo que tú quieras”.*

En una carta escribió: *¿No sabe que me enamoré del Hijo de María y cada día y cada segundo me gusta más y más y más? ³².*

Como señal de su amor a Jesús, ponía en todos los conventos una lamparita al Sagrado Corazón de Jesús para que estuviera ardiendo constantemente como señal del amor de sus hijas y para pedirle la salvación de los pecadores. Le gustaba repetir lo que se dice en el Sentenciarío Carmelitano:

*Cristo será tu alegría.
Y Cristo te enseñara.
Y solo Cristo será.
Tu amor y tu compañía.*

Otra cosa. Como destruyeron la estatua del Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles el día 7 de agosto de 1936, estableció que en ese convento todos los años, ese día, fuera un día de reparación y penitencia y se ayunase a pan y agua.

AMOR A MARÍA

Ella repetía muy a menudo que El Carmelo es todo de María. Conocía al dedillo la historia de la Orden del Carmen desde que los primeros carmelitas en el Monte Carmelo levantaron una capilla en honor de la Virgen y muchos de ellos murieron mártires ante la invasión de los musulmanes en Tierra Santa.

Era tanto su amor a la Virgen que, cuando pasaba por Talavera de la Reina, paraban en la ermita de la Virgen del Prado y rezaban una salve, porque la

³¹ Carta 470 al padre Florencio del Niño Jesús, del 8 de mayo de 1938.

³² Carta 2193.

sierva de Dios decía que no podía pasar por delante de una ermita de María sin saludarla.

Fomentó mucho por todas partes la devoción del rosario y llevar el escapulario del Carmen como señal de amor a María. De modo especial celebraba todos los años la fiesta de la Inmaculada, precedida de una solemne novena.

LA PROVIDENCIA DE DIOS

Jesús velaba sobre sus esposas, de modo que nunca les faltó lo más imprescindible para su subsistencia material y espiritual. Jesús las cuidaba y protegía de los peligros y ellas compartían con otros lo poco que tenían.

Durante la guerra, el piso de Claudio Coello se convirtió en un Carmelo. Lo material escaseaba. Por la noche había que poner los muebles unos encima de otros, para poder echarse por el suelo, por las habitaciones y los pasillos. Cuando tenían unas algarrobas para comer ya era un banquete. Aunque siempre expuestas a mil peligros, sin embargo, la paz y la alegría eran completas. La Madre era el alma de la comunidad que las alentaba, las contagiaba de su serenidad y su confianza plena en Dios. Cuando había algún riesgo era ella la que salía siempre; iba a buscar al confesor, o a llevar la comunión a otras religiosas, o a gestionar pasaportes para todas ³³.

A pesar de la escasez daba de lo poco que tenía y siempre el Señor la bendecía, dándole mucho más. Por hacer caridad, muchas veces expuso su vida en el tiempo de guerra, yendo por la calle a llevar la comunión a otras religiosas o darles víveres de los pocos que tenían.

Jesús las proveía de todo lo necesario en los momentos difíciles. Ella dice: *Me encantaría pasar privaciones por el Señor, pero más devoción aún me da ver la amorosísima providencia con que nos cuida y regala sin que nos falte nada. No cabe duda de que las cosas se multiplican ³⁴.* Esto lo dice, porque tenían un poco de aceite en una vasija que nunca se acababa. Y ella repartía de ese aceite al convento de Mancera.

Escribe: *Me alegro de lo del aceite sobre todo por Mancera que deben andar muy mal. Aquí no sabemos nada, pues debíamos andar peor, que dan mucho menos en el suministro de Ávila, pero no miramos la vasija de aceite y*

³³ Recuerdos de sor Josefina de Santa Teresa.

³⁴ Carta a la Superiora del Cerro sin fecha.

*seguimos sacando. Bendito sea Dios... Es buenísimo tener que estar abandonadas a la providencia y crea que estamos contentísimas y sin la menor preocupación. Claro que, como vemos por experiencia, cómo acude el Señor a remediar las necesidades es que se queda uno asombrado. Hace unos días no teníamos nada y hoy hemos podido dar de comer a mucha gente*³⁵.

El 7 de mayo de 1944 escribe a la Madre Magdalena de la Eucaristía, priora del Cerro de los Ángeles: *Llevamos dos días que no se hace pan en el pueblo y de sus resultas la panadera nos ha regalado unos bollos y la veterinaria, pan; la criada del Señor cura un saquito de harina; en fin que nuestro Jesús se desborda con sus dos Carmelos por ser tan bueno él.*

ASÍ ERA ELLA

Era una santa con los pies en la tierra, confiada plenamente en Dios y entregada sin reservas a cumplir su voluntad.

Los Carmelos que fundó vivieron la pobreza de manera total y sin rentas, con edificios pobres y pequeños. Y para sustentarse debían trabajar con sus propias manos en telares, granjas, haciendo rosarios de rosas, escapularios, etc.

A las hermanas les recomendaba que a los obreros de los conventos los tuviesen bien atendidos. Con las monjas enfermas ella misma velaba junto a ellas o las acompañaba a los hospitales. A veces, se preocupaba de la pobreza de las familias de las religiosas.

En la comida era mortificadísima. Muchas veces pedía permiso a sus confesores para poner ajeno o acíbar en su comida y otras veces para tomar solo lo indispensable. Y, por supuesto, no permitía que le pusieran algo mejor o distinto que a las demás.

El 26 de enero de 1925 escribió: *Tengo permiso para tomar dos disciplinas diarias: una con disciplina de cuerda durante lo que en la Orden se acostumbra, que es un Miserere, y otra con la de hierro de solo 23 golpes*³⁶.

Durante la guerra sufrió mucho con las hermanas de la Comunidad, porque escaseaba comida y no tenían ropa ni para cambiarse. También sufrían por las profanaciones de los comunistas a iglesias y conventos. Ella animó a sus religiosas a estar preparadas para el martirio. El 28 de julio de 1936 comenzaron

³⁵ Carta a la Priora del Cerro, sin fecha.

³⁶ Carta 15 del 26 de enero de 1925.

los intentos de destrucción del Monumento del Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles. Un pelotón de milicianos, al mando de una mujer, disparó contra la imagen, queriendo fusilar a Jesús ³⁷.

El 7 de agosto de 1936 destruyeron con cargas de dinamita la imagen del Corazón de Jesús del Cerro. La Madre con sus hijas se fueron a refugiar a Madrid. Sus ansias misioneras se vieron colmadas con la fundación del Carmelo de Kottayam en 1933 en la India. El 14 de junio de 1934 tuvo lugar la solemne bendición de este nuevo Carmelo. En 1950 se fundó otra en Tiruvalla y el 30 de octubre de 1967 se inauguraba el de Quillan, también en la India.

Cuando vinieron las reformas del concilio Vaticano II, ella fue la primera en obedecer, haciendo los altares cara al pueblo y cambiando el rezo del Oficio divino del latín al castellano. Y lo hizo con el entusiasmo de sus ochenta años por cumplir la voluntad de Dios, manifestada a través de la Iglesia. Por supuesto que en toda su vida obedeció a su director espiritual y a los obispos y rezaba mucho por la Iglesia y por el Papa y los sacerdotes.

En el decreto *Perfectae caritatis* del Concilio Vaticano II se recomendaba la formación de Uniones o Asociaciones entre monasterios para ayudarse material y espiritualmente. Ella formó una Asociación con sus 11 Carmelos y otros siete más. En total 18, apoyada por el entonces general de la Orden, padre Miguel Ángel de San José. La Congregación de Religiosos la aprobó el 14 de diciembre de 1972 y le dio el nombre de *Asociación de Santa Teresa de España*. Ella fue elegida por unanimidad presidenta. Era la primera Asociación constituida dentro de la Orden del Carmen en España.

ENFERMEDADES Y MUERTE

En 1970 estuvo gravemente enferma y tuvo mucho que ofrecer por el Papa, la Iglesia y la conversión de los pecadores. Le salieron unos ántrax enormes en el pecho. Cada uno de ellos tenía varias bocas, que eran fuente continua de supuración, pero ella no se quejaba. Lo único que sentía era el tiempo que tenían que perder con ella en las curaciones.

El año 1970 regaló a varias familias pobres terrenos para sus viviendas, ya que vivían en chabolas miserables. En junio de 1971 le vino una pulmonía y se notaba que iba decayendo de fuerzas. Le costaba trabajo andar y, a pesar de ello, iba a los actos de comunidad. Pero había algo que le preocupaba, las monjas enfermas de clausura tenían que salir de sus conventos para consultas y otras

³⁷ Pedro Pascual, *El Cerro de los Angeles*, Madrid, 1965, pp. 18-19.

visitas médicas. Muchas no tenían en la capital dónde hospedarse. Ella pensó en ello, consiguió una casita en un barrio serio y silencioso de Madrid. Buscó personas de confianza y el 15 de octubre de 1971 se inauguró la *Casa Santa Teresa* para toda carmelita que lo necesitara y donde serían atendidas con todo cariño.

Claune tenía una clínica para religiosas de clausura. La Madre Maravillas se comunicó con sor Anunciación Albizu, que era la encargada de la clínica Claune. Después acudió a doña Victoria Gandarias, quien regaló generosamente los terrenos de una finca que tenía en Pozuelo de Alarcón (Madrid), y se empezó a construir la clínica. La Madre tenía prisa, porque sabía que le quedaba poco tiempo disponible.

En 1972 sufrió varios problemas de salud, tuvo un dolor agudísimo en el pecho y horas más tarde le vino una parada cardíaca. Se recuperó, porque gracias a Dios una novicia que había trabajado varios años de enfermera le hizo el masaje cardíaco. Sin embargo, por precaución, le administraron la unción de los enfermos, que recibió con toda lucidez. Se recuperó, pero ya no podía ir a la recreación, se mareaba fácilmente y no quería de ninguna manera que sus monjas jóvenes se privaran de sus expansiones en la recreación. Quería que sus religiosas estuvieran siempre alegres, solo iba al coro para oír misa y comulgar, ya no iba al locutorio ni la dejaban ir.

Le contaron que el padre Luis, el capellán, estaba construyendo 200 viviendas para familias necesitadas y las obras estaban ya adelantadas. La Madre pensó que en ese barrio haría falta una iglesia. En ese preciso momento le llegó la herencia del hermano de una monja y ya no fue solo la iglesia, sino todo un complejo parroquial con un club de ancianos, salón de conferencias, club deportivo, guardería infantil y otras cosas. La primera misa en la nueva parroquia se celebró el 24 de noviembre de 1974 y poco después recibió la alegre noticia de que habían empezado las obras de la clínica de Claune. Fue su última obra, que vio cumplida desde el cielo.

El 30 de mayo de 1974 celebró las Bodas de Oro de su profesión solemne. El Señor le regaló la profesión de una novicia. No quiso celebraciones exteriores. Solo pidió misas, todas cuantas se pudieran celebrar. En todos sus conventos las encargaron en los distintos santuarios marianos.

En su tarjeta-recuerdo de esta gran fecha escribió:

*Madre mía, qué buena has sido
Siempre conmigo.
En tus manos pongo esta súplica.*

*Bendíceme.
Preséntasela a Jesús.
Haz valer tu amor de Madre
Y tú poder de reina.
¡Oh, María!
Cuento con tu ayuda.
Confío en tu poder.
Me entrego a tu voluntad.
Estoy segura de tu misericordia.
Madre de Dios y madre mía,
Ruega por mí.
30 de mayo 1924 en el Cerro de los Ángeles.
La Aldehuela 1974.*

El 5 de diciembre de 1974 se despertó con mucho dolor de espalda y se sentía muy mal. El domingo 8, fiesta de la Inmaculada, como seguía mal, el capellán le administró de nuevo la unción de los enfermos y el santo Viático. La noche del día 9 la Madre subpriora le dijo: *Madre, se nos va al cielo*. Y ella le respondió: *¡Qué alegría! ¿Cómo no me lo han dicho antes?*

El día 10 por la mañana se confesó con toda lucidez y por la tarde recibió la comunión. El día 11 se la veía agotada, tenía una respiración muy superficial y poco a poco fue cerrando los ojos. Repetía con los labios las oraciones que todas decían en voz alta. Besaba el crucifijo y una imagen pequeña de la Virgen, que le daban a besar.

En su agonía la subpriora mandó cantar a una hermana unas estrofas que mucho le gustaban a la Madre:

*Dulce madre del Carmelo,
Causa de nuestra alegría,
Quiero cantar el consuelo,
De llamarte madre mía,
Dulce madre del Carmelo,
Si muero amándote a ti,
Qué pronto llegaré al cielo,
Qué dulce será el morir.*

A las cuatro y veinte de la tarde, una enfermera que le tenía cogido el pulso, lo perdió y dijo: *Ahora*. Era el momento de su muerte. *Día 11 de diciembre de 1974*. Y partir de ese momento se sintió un intensísimo olor a nardos, que duró en el convento hasta varios días después de su muerte.

Parecía dormida y seguía flexible como si estuviera viva y con la cara con un color natural. El 13 por la mañana vino el médico forense y comprobó la flexibilidad de sus miembros. Ese mismo día se procedió al entierro. Hubo una fila interminable de personas de todas las clases sociales. Sus restos mortales quedaron en el cementerio de la comunidad del convento de La Aldehuela en un extremo de la huerta, en una pobre sepultura excavada en el suelo. Durante el trayecto para enterrarla, se percibían fuertes ráfagas de olor a nardos.

Pasados unos días, el 30 de diciembre de 1974, el médico forense hizo una relación del caso, concluyendo que había observado signos suficientes para afirmar que la evolución de los fenómenos cadavéricos presentaban unas anomalías sin base científica para explicarlas en el estado actual de los conocimientos. Se refería al hecho de la flexibilidad y de no haber olor de putrefacción, sino más bien olor celestial a nardos.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

El 8 de diciembre de 1990 Juan Pablo II aprobó la Regla y Constituciones de las monjas descalzas de la Orden de la Beatísima Virgen María del Monte Carmelo, en una revisión del texto de 1581, acomodado al concilio Vaticano II y a las normas canónicas vigentes, como había sido propuesto, en nombre de otros 92 monasterios, por las prioras de las carmelitas descalzas de San José de Ávila, primer Carmelo fundado por Santa Teresa, y del Cerro de los Ángeles, primero de los fundados por santa Maravillas.

De esta manera, los que seguían las tradiciones más estrictas de la Orden, según el espíritu de la Madre Maravillas, tendrían en adelante como Superior Mayor sobre las prioras a la Santa Sede y no estarían asociadas a los padres carmelitas descalzos.

El Papa Juan Pablo II el 18 de diciembre de 1997 declaró el carácter milagroso de una curación de agranulocitosis primaria, atribuida a la intercesión de la Madre. Fue beatificada el 10 de mayo de 1998 por el Papa Juan Pablo II en Roma.

Apenas transcurridos dos meses de la beatificación, el 19 de julio de 1998 se produjo en Nogoya (Argentina) un milagro atribuido a su intercesión. Se trató de la curación rápida, completa y duradera, sin secuelas neurológicas, del niño Manuel Vilar de dieciocho meses de edad que sufrió ahogamiento en una piscina de agua estancada y fangosa con prolongado paro cardio-respiratorio y coma profundo. El 4 de mayo de 2003 ante más de un millón y medio de fieles, que abarrotaban las calles céntricas de Madrid, Su Santidad Juan Pablo II canonizó

solemnemente en la plaza Colón a la beata Maravillas de Jesús y a otros cuatro beatos españoles. Su fiesta se celebra el 11 de diciembre, día de su muerte.

CRONOLOGÍA

1891, 4-XI nace en *Madrid*; 12-XI bautismo.

1896, 11-VII: confirmación. 1896: voto de castidad. 1902, 7-V: primera comunión.

1913, 19-XII: muere su padre.

1919, 12-X: ingresa en carmelo de *El Escorial*, Madrid.

1920, 21-IV: recibe el hábito.

1921, 7-V: profesión simple.

1924, 19-V: sale para fundar en el *Cerro de los Ángeles*, Madrid.

1924, 30-V: profesión solemne, en la casita de Getafe, Madrid.

1926, 28-VI: nombrada Priora del Cerro. 31-X: inauguración del carmelo del Cerro.

1932, 13-I: muere su madre.

1933, 11-IX: envía monjas a fundar en la India el carmelo de *Kottayam*.

1936, 22-VII: expulsadas del Cerro de los Ángeles.

1937, 28-IX: tras 14 meses de exilio, llega a *Batuecas*, Salamanca.

1939, I-III: funda el carmelo en las Batuecas. Priora.

1939, 29-III: vuelve al Cerro. Priora.

1944, 27-IV: sale del Cerro, para fundar en *Mancera*, Salamanca. Priora.

1947, 20-VII: funda el carmelo en *Duruelo*, Ávila. Priora.

1950, 4-X: cede las Batuecas a los carmelitas, y funda en *Cabrera*, Salamanca.

1954, 8-XII: funda el carmelo en *Arenas de San Pedro*, Ávila. Priora.

1956, 30-V: funda el carmelo en *San Calixto*, Córdoba.

1958, 21-VI: funda el carmelo en *Aravaca*, Madrid.

1960, 15-X: funda para los Carmelitas en *Talavera de la Reina*, Toledo.

1961, 8-1: funda el carmelo en *La Aldehuela*, Madrid, donde es Priora hasta su muerte.

1964, 7-V: funda el carmelo en *Montemar-Torremolinos*, Málaga.

1964, 24-VIII: envía monjas al carmelo de *El Escorial*, Madrid.

1966, 24-IX: envía monjas a *Ávila*, al carmelo de la Encarnación.

1967, 15-X: funda escuelas en el *Ventorro*, Madrid.

1969, 8-XII: en *Perales del Río*, junto a La Aldehuela, para familias pobres, ayuda a la construcción de dieciséis viviendas. Y en 1972-74, de doscientas más.

1971: funda la *Casa de Santa Teresa*, para las carmelitas que van a Madrid para consultas y tratamientos médicos.

1972, 27-X: sufre un grave paro cardíaco.

1972, 14-XII: funda la *Asociación de Santa Teresa*, aprobada por la Santa Sede en esa fecha.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo, *Era así, M. Maravillas de Jesús*, Madrid, 1993.
- Carmelo de La Aldehuela, *Dios vivo, muy amante y muy amado, Vida eucarística de la M. Maravillas de Jesús*, Salamanca, 1993.
- Cartas de la Madre Maravillas, antología epistolar.
- Iraburu José María, *Maravillas de Jesús, carmelita descalza santa*, Ed. Fundación gratis date, Pamplona, 2003.
- Jiménez Duque Baldomero, *Vida mística de la Madre Maravillas de Jesús, su alma*, Ed. Edibesa, Madrid, 2007.
- López María Concepción, *Maravillas de Jesús, una maravilla de naturaleza y gracia*, Ed. Edibesa, Madrid, 2008.
- López Melús Rafael María, *Nuestra dulcísima Madre, La Virgen María en la vida y escritos de santa Maravillas*.
- María Dolores de Jesús, *Mis recuerdos de la Madre Maravillas*, Ed. Edibesa, Madrid, 2006.
- Una carmelita descalza, *Madre Maravillas de Jesús, Semblanza*, Madrid, 1994.
- Una carmelita descalza, *Si tú le dejas...Vida de la Madre Maravillas de Jesús*, Madrid, 1976.
- Vega Díaz, *La M. Maravillas*, el milagro y la psicoterapia religiosa.

&&&&&&&&&&&